



Universidad de Chile

Instituto de la Comunicación e Imagen. Escuela de
Periodismo

EXISTIR ES RESISTIR: CRÓNICAS DEL ALTO BÍO BÍO

Memoria para optar al título de Periodista

FERNANDO ACUÑA Y NATALIA DUEÑAS

PROFESORA GUÍA: XIMENA PÓO

Santiago, Chile 2015

Agradecimientos

Queremos aprovechar este espacio para agradecer a nuestras familias. Sin duda no podríamos haber terminado este trabajo sin su apoyo y confianza. Sus palabras de aliento fueron fundamentales para mantenernos motivados durante esta travesía.

Agradecemos también a nuestra profesora guía, Ximena Pío. Desde el momento en que le presentamos este proyecto, nos entregó la libertad para crear y encontrar nuestro camino.

Por último, agradecemos a la gente del Alto Bío Bío por abrir sus corazones y dejarnos contar sus historias. Esta memoria es gracias a ustedes.

Contenido

Agradecimientos	2
Prólogo	4
Campanas en la cordillera	10
Dungunleo	29
Lawentuchewe	43
Hermanos en la Tierra	61
Lonko	77
¿Qué entendemos del otro?	93
Epílogo	106
Glosario	111

Prólogo

Hay una Historia, singular, monolítica, así, con H mayúscula de Hechos y Hazañas, que la escriben los vencedores, los poderosos, y se sustenta en las grandes instituciones y en los próceres. Sin embargo, es fría, calculada, no tiene alma y está destinada a sustentar mitos fundantes que generan cohesión por homologación, sin reconocer ni reconocerse en la diferencia. Esta Historia no es la nuestra.

La siguiente memoria reúne crónicas e historias de vida de los habitantes de la comuna de Alto Bío Bío, narradas por sus protagonistas y testigos. A través de sus relatos, de sus microhistorias, se da cuenta de los imaginarios culturales del territorio, de los sueños, traumas, anhelos, anécdotas, relaciones afectivas; de lo cotidiano y de la generalidad de una tierra única en Chile, en donde conviven *pehuenche*, colonos y *champurrias*.

A través de seis narraciones escritas en clave de no ficción y crónica, se visibiliza al Alto Bío Bío y a su gente, desde sus relatos fundantes, en donde lo mítico actualiza en lo cotidiano una rica cosmovisión de respetos y equilibrios, hasta aquellos aspectos más comunes y egoístas, tan propios de la naturaleza humana.

En última (y primera) instancia, este libro retrata a personas y sus relaciones interdependientes, las circunstancias y la naturaleza, que es un personaje omnipresente y vivo. Es una suma de relatos en donde los protagonistas se repiten en las voces de otros formando una maraña de relaciones que tejen el entramado de una comunidad.

La comuna de Alto Bío Bío es relativamente nueva. Recién en el 2004 se separa oficialmente de Santa Bárbara, y con justa razón si se toman en cuenta las características distintivas del lugar. La zona se encuentra habitada principalmente por comunidades pehuenche, que se esparcen a lo largo de los valles de los ríos Queuco y Bío Bío, quienes hasta el día de hoy conservan sus costumbres ancestrales, creencias religiosas y modos de vida, pero en constante enfrentamiento y diálogo con el occidente.

Los pehuenche, gente de la araucaria, han habitado esta tierra desde hace miles de años, pero es después de las guerras de exterminio llevadas a cabo por las jóvenes naciones de Argentina y Chile, que su arribo se hace más masivo. Usan estas cordilleras como refugio en contra de las matanzas.

Muchas historias narradas por los ancianos cuentan los horrores de una guerra ejecutada en nombre del progreso y de la unidad nacional.

Permaneció décadas olvidada por el estado nación que los arrinconó. Las tierras cordilleranas no son aptas para el cultivo ni la crianza masiva. Los caminos eran casi inexistentes, la ley y el Gobierno eran figuras difusas. Así vivieron y conservaron casi sin cambios las antiguas costumbres. Cuando la gente hablaba de ir a Santa Bárbara, decía “bajar a Chile”.

Hasta que Chile se fijó en una riqueza nueva, la fuerza de las aguas.

La comuna salta a la fama, sin buscarlo, luego de la construcción de las represas Ralco y Pangué. Antes de estos sucesos la comuna estaba muy mal conectada con Chile y para sus habitantes resultaba más sencillo ir a los poblados argentinos allende la cordillera para intercambiar productos básicos por otros necesarios para la subsistencia.

El impacto que estas megacentrales tuvieron y tienen en la comunidad es enorme, y dividió a sus habitantes en a favor o en contra. La lucha contra

los poderosos que estaban detrás hizo que Alto Bío Bío se notara en el mapa. Las heridas abiertas y cicatrices mal curadas aún se leen en las páginas de este libro.

La presencia de los mapuche pehuenche siempre ha sido problemática para el Estado chileno. Primero la invasión, exterminio físico y confinamiento en guetos que llamaron reducciones. Pero ahí se quedaron, se adaptaron y mantuvieron sus pilares existenciales. Después el olvido y el paternalismo, la construcción de la caricatura para justificar la superioridad moral de un pueblo sobre otro. Nuevamente los pehuenche respondieron con porfía viva. Por último, cuando los recursos de las reducciones se hicieron apetitosos para trasnacionales y privados, nuevamente la invasión, la fuerza bruta de la bota y el garrote, pero esta vez mezclada con promesas de progreso, tecnología y calidad de vida. Y ahí siguen, algunos cooptados, otros en abierta oposición, otros con una hibridación que habla de una cultura sana, transformadora y alegre.

Nuestra memoria continúa con el trabajo que empezamos en 2013 con la investigación para postular al grado de licenciados.

En esa oportunidad investigamos la manera en que los jóvenes pehuenche del Alto Bío Bío se definen según lo que la prensa dice de ellos, es decir, su autorepresentación mediática, y cómo esto influye en la percepción de sí mismos, cómo se refleja en su cotidianidad y en sus auto relatos. Después de diez extensas entrevistas concluimos que eran dos los principales hitos de visibilización: su cultura y la construcción de las represas.

Esos hitos constituyen los dos grandes temas de esta memoria de título que convergen en uno, el Alto Bío Bío como unidad territorial y cultural que resiste existiendo. Los entrevistados revelan por medio de sus relatos lo que significa ser parte de esta comuna y lo que ellos entienden por cultura. Pero además, nos cuentan sus luchas políticas, sus relaciones con Chile, con la construcción de las represas y el impacto que la política chilena ha tenido en sus vidas. Un equilibrio roto que está lejos de reestablecerse.

Lo que sigue son crónicas y narraciones de no ficción, porque si bien todo lo escrito está documentado y respaldado por entrevistas a decenas de personas y por documentos, también tomamos herramientas de la literatura

para describir con mejores texturas y colores los relatos.

A continuación seis historias, seis perfiles que personifican el título de nuestra memoria: Existir es resistir. Y no podría ser de otra forma.

Campanas en la cordillera

Durante la primavera, el padre sol; *Antú*, brota con mayor fuerza junto a los renuevos de los árboles. Sin embargo, en el encajonado valle de Cauñiquí, las sombras proyectadas por los peñascos andinos hacen que el invierno se dilate en las vidas de los habitantes cordilleranos.

Esa noche, unas pupilas negras observaban el horizonte arcano de una fogata ubicada al centro de la ruca familiar. Un corazón de padre latía al ritmo leve de la respiración del hijo que yacía acostado en el suelo de tierra, junto a las brasas.

Manuel tenía esa costumbre. Solía dormir cerca del fuego para aprovechar su calor y así conciliar mejor el sueño.

La pobreza de la familia Huenupe era norma en todo el *lob mapu* Cauñiquí, que significa abrevadero para caballos.

Para dormir, sólo poseían unas escasas pieles que usaban para separar el cuerpo del húmedo piso de tierra. Se allegaban unos a otros, reconfortándose en el calor de la compañía, así como los chanchitos-rememora Manuel.

El padre de Manuel era un hombre de esfuerzo. Él mismo le hacía ojotas a su hijo cuando tenían la suerte de encontrar un buen cuero útil para calzado.

Al igual que muchos hombres del Alto Bío Bío, tanto ayer como hoy, continuamente se veía en la obligación de abandonar a su familia por largos períodos. Hasta seis meses llegaba a pasar fuera de casa. Cualquier trabajo servía para juntar dinero que se tradujera en quintales de harina, papas, porotos o mate.

Bajar a Chile, bajar al pueblo, implicaba arduas labores mal pagadas y discriminación, pero también una despensa bien nutrida para soportar los inviernos de nieves profundas y silencios largos, allá en la cordillera.

Varias campanadas vibran a lo lejos. Se escuchan adormecidas, como si repicaran debajo del agua, como si viniéramos despertando de un sueño.

Manuel tiene 42 años, el pelo largo tomado en una cola, y surcado de varias canas. Los pómulos altos enmarcan unos ojos de negro infinito, recortados en una cara más bien redonda. Su cuerpo acusa los años y las carnes reflejan la laxitud del tiempo. Sin embargo, nada de esto le resta dignidad a su figura, al contrario. Su presencia, unida a su tono de voz calmado, como

de río profundo, da la impresión de estar frente a alguien que conoce misterios que te interesan. Dan ganas de escucharlo.

Para otros, el hecho de que repita palabras o que le cueste encontrar la sintaxis más efectiva en el español- que no es su idioma nativo, y el escaso volumen de su voz, implica que escucharlo es un ejercicio de voluntad.

La conversación transcurre en la oficina de Miriam Cárcamo, Jefa de UTP de la Escuela de Concentración Fronteriza E-970 de Ralko. Manuel se siente cómodo y habla con tranquilidad. Hace frío. Es invierno. Los cerros circundantes están llenos de nieve y los pehuenes que se ven en las cimas fulguran por su blancura.

“En ese tiempo mi papá salía a trabajar y pensando, pensando; en una de esas dice: ‘Llegaron unos sacos gangochos’, - que le decían, sacos gruesos de lana, para las papas. Mi papá le pidió a su patrón uno, para su hijo. Para mí. Yo tenía la mala costumbre de arrollarme en el suelo, al ladito del fuego. Ahí me quedaba dormido siempre y mi papá me recogía cuando se iba a acostar”. Para él eso era triste, ver a su hijo botado. Después me llevó el saco, me lo trajo de regalo. Para que me acostara ahí adentro, y me llevaba arrolladito en saco al hombro. Calentito”.

Manuel recuerda ese saco como uno de los regalos más lindos de su infancia. En la leve penumbra de la oficina, sus ojos brillan.

Niños y niñas pehuenche corren por los pasillos de la Escuela. Lucen zapatillas y ropas de marcas. Sus peinados recuerdan a conocidos jugadores de fútbol. Niños y niñas pehuenche ríen.

Trece niños pehuenche recorren los pasos cordilleranos. El mayor tiene 12, pero la media bordea los nueve años. Caminan rumbo a la escuela y sus conversaciones en *chedungún*, el idioma de la gente, combinan con la naturaleza. Es como si el ritmo y el acento de su lengua imitaran el sonido del viento entre los árboles.

La caravana de *pichikeché* avanza por la cordillera, a pesar de sus riesgos.

“Esas cosas eran normales, para nosotros no era extraño porque sabíamos el peligro de la cordillera y teníamos que saber cómo defendernos y salvarnos. Cuando uno está acostumbrado a vivir allí no siente miedo. Sabe a lo que va. Sabe cómo defenderse, cómo salvarse en caso de dificultad”, evoca Manuel

La brillante luz del inicio de la temporada estival ciega los ojos de los caminantes. Quizás fue el cansancio debido a las tres horas que se demoran en llegar andando a pie a la escuela, o quizás un traspie producto de un descuido, o quizás sólo sucedió: Ester Queupil, la pequeña de ocho años y una de las menores del grupo, cayó por un barranco en el sector de Matruco. Mientras el vacío se traga el moreno cuerpo de Ester, ella abre sus brazos para intentar aferrarse a lo que pudiera. Los niños corren a la orilla para ver a su amiga.

Caritas asustadas y respiraciones agitadas. La desesperación y el miedo aceleran los corazones. ¿Qué hacer? ¿A quién acudir?

La pequeña fue dando botes. Una piedra golpea su cabeza y la niña pierde el conocimiento. Cien metros de acantilado auguran la temprana muerte, pero la suerte, ese animal esquivo, pero tan real en la cultura mapuche, está del lado de Ester.

Un antiguo derrumbe frena su caída. Sus amigos miran desconcertados, pero la confusión solo dura un momento. Alguien sugiere trenzar una cuerda, aunque no tienen materiales con qué fabricarla. Alguien rasga su ropa, uno de los bienes más preciados y caros que posee la familia. Otros y

otras siguen su ejemplo. Un trozo de pantalón, un pedazo de falda, unos cuantos cinturones, una manga; la humildad al rescate de la vida. Pronto la cuerda está hecha. Los más intrépidos y las más ágiles se descuelgan hacia el precipicio. Entre todos fabrican un *guando* con varas de hualle para transportar el cuerpo de Ester.

No hay sangre, pero ellos saben que eso no necesariamente significa buenas noticias. Han visto animales desriscados cuando suben a los valles superiores para cuidar al ganado. Algunas bestias tampoco sangran, pero la muerte les viene de adentro. Las venas y los órganos se desbordan, como los ríos en invierno. Y como los ríos en invierno, eso mata.

De a poco suben la improvisada camilla hasta la seguridad del camino. Ester empieza a reaccionar. La alegría del grupo estalla en un canto de pájaros jóvenes; pero el camino sigue ahí, y es largo, y el hambre es ancha. El pan está al final, en la escuela. La escuela es pan. Doce niños con las ropas rasgadas siguen la ruta. Nadie ríe.

Al medio del gimnasio hay una cama elástica. En ella un niño pehuenche con síndrome de down salta lleno de alegría. Viste un buzo azul y una

polera del Colo- Colo. Con cada impulso estira los brazos y sonríe, como queriendo alcanzar el techo. Otros niños y niñas pasan por su lado y lo saludan. Van directo a un pequeño escenario ubicado al fondo del lugar. A la cabeza del grupo va Manuel.

 el es profesor tradicional intercultural bilingüe. Su cargo nace como respuesta a una de las m as sentidas demandas de los pueblos originarios: que en la educación curricular del Ministerio venga incluida la cosmovisión y lengua indígena contextual del lugar.

Manuel enseña *chedungún* en la Escuela, pero no sólo a esto se reduce su función. Adem as, les enseña a través del *epew*, historias y otros aspectos relevantes de su cultura. La gente dice que él sabe harto y los niños parecen quererlo.

Cuando el pequeño grupo de alumnos de primero básico se instala en el escenario, Manuel los dirige en el ensayo de una obra artística que presentarán al día siguiente en el acto que dará inicio a las celebraciones del *Wetripantu*.

Al medio del escenario hay una rama de araucaria y a su alrededor los niños bailan, montan caballos de juguete y cantan letanías mapuche. En un

momento, Manuel toma dos ramas de avellano, una en cada mano, y les enseña a los niños cómo se baila. La canción que suena es de Miguel Ángel Pellao, un conocido tenor pehuenche que fusiona la ópera con los biorritmos clásicos de la música mapuche.

Todos miran a Manuel con la atención difusa de un niño pequeño.

Mientras tanto, el *pichi wentrü* con la polera de fútbol sigue saltando al ritmo de las *pifilcas* y el trompe, ajeno a todo.

El pequeño Manuel no entendía cómo Dios podía estar en esa imagen tan linda que le mostraba el cura profesor y, a la vez, en el suelo que pisaba. No comprendía los misterios de la Virgen y su concepción inmaculada, tan diferente a los que él veía en los animales que pastoreaba junto a su hermano en el cerro.

El colegio de Cauñicú fue creado por los religiosos católicos en un esfuerzo para evangelizar a ese grupo humano que seguía adorando a un dios único, pero que no era el cristiano, y a una infinitud de espíritus y fuerzas que explican el mundo circundante como un conjunto de equilibrios del cual forman parte activa.

El pequeño no entendía cómo es que ese pan era la carne de Dios, pero no le importaba, mientras fuera pan y quitara el hambre. Lo mismo pensaban sus padres.

“La vida era muy crítica, era muy pobre la gente. Nos alimentábamos de raíces, plantas, frutos de la tierra, hongos, tierra también comíamos. Cuando llegó la escuela, el sacerdote que la construyó nos llevó comida, pan, y debido a eso empezamos a ir obligados a la escuela, para poder comer. Los papás nos mandaban porque así ellos se salvarían también. Querían que nosotros comiéramos, que tuviéramos un cambio. Cuando uno es niño no sabe a lo que va, no era por ir a aprender; era por perseguir un pan”.

Los abuelos de Manuel no estaban de acuerdo con su padre. Desconfiaban de la educación de los *winkas*. Tenían miedos antiguos que se actualizaban cada cierto tiempo. Le decían a Manuel que no fuera a la escuela, porque lo podían atrapar y convertir en esclavo. Con el tiempo, Manuel pensará en esta frase y sus implicaciones modernas.

“Yo aprendí castellano a los 8 ó 9 años en la comunidad de Cauñicú. Aprenderlo fue muy difícil, puesto que solo hablaba *chedungún*. Siempre

estaba presente el *chedungún*. Algunos nos decían que nunca íbamos a ser capaces de aprender y ser alguien en la vida; se equivocaron, hay pehuenches en diferentes rubros; salud, educación”.

“Hay cambios buenos y malos. Cambios buenos que se han ido introduciendo en la cultura, la educación es buena. Yo nunca voy a irme en contra de la educación, que los niños puedan ser alguien en la vida para que le ayuden a sus familias. Lo malo es que se está perdiendo la lengua, la cultura se está muriendo”.

Para darnos esta entrevista, el educador tradicional le pidió permiso a la jefa Unidad Técnica Pedagógica para usar su oficina. Manuel carraspea la garganta, estira las piernas como si se preparara para levantarse rápidamente después de un sueño profundo, entrecruza sus manos detrás de su nuca y continúa hablando.

“Antiguamente la familia participaba mucho de los *Nguillatunes*, ahora ya no lo hacen todos. La gente ha ido rechazado algunas de las actividades ceremoniales. Las religiones que han llegado han sido parte de los fracasos, de que las familias vayan olvidando su propia cultura. Los niños ya no conocen por qué se hace un *Nguillatun*, cuál es el sentido y el significado

que tiene. Los papás tampoco saben y no le pueden inculcar al niño lo que significa. Falta mucho, estamos empezando a pisar el libro. Falta mucho que enseñar, apoyo al educador tradicional. Escasean cosas materiales, tecnológicas o físicas para que pueda tomarse en serio la educación intercultural”.

Retornamos a la infancia. Manuel está en la cordillera. Hace frío, pequeñas nubes de vapor de agua escapan de su boca y de su pecho, convertido en un volcán en donde habitan cien *pillanes*. El tiempo es un chivito pequeño que se escapa apenas te acercas. Sus padres lo enviaron al cerro a cuidar el ganado y él se entretuvo jugando con los animales y los pehuenes. Así, sin notarlo, el sol se escondió detrás del cerro y todas las historias que sus padres le contaban y que a él le parecían improbables, se materializaron y se volvieron inminentes en la oscuridad de la noche.

Le advirtieron que no dañara los árboles, en ellos hay *ñgen* poderosos. Además, son hermanos y merecen respeto. Que no los maltratara, especialmente cuando estuviesen brotando. A sus hermanas, les enseñaban

a no salir en la noche junto a los ríos porque ahí habita el *wecufe*, un espíritu que las podía raptar y embarazar.

Les señalaron muy claramente que no gritara en la cima de las cordilleras, que no hiciera exceso de ruido arriba de los cerros, porque los espíritus necesitan de lugares tranquilos para mantenerse en equilibrio. Pero en lo que más enfatizaron, era en el cuidado que debía tener con el *taitarruco*; un *ñgen* mitad hombre, mitad animal, especialmente enojón, que solía raptar niños y llevárselos a su casa en una caverna ubicada en un cerro llamado *ruca cherruwe*.

En todo esto pensaba Manuel, y en mucho más.

Tenía miedo y por eso corría. En sus piernas aleteaban colibríes. Detrás de cada árbol creía ver una sombra. El bosque de Raulíes, Hualles, Coihues y Araucarias, que tan conocido y grato le era, estaba convertido en un lugar lleno de espinas amenazantes y sonidos tenebrosos. Se obligó a no sentir desconfianza, recordó las palabras de su padre que le señalaban que la naturaleza era su amiga y no debía temerle. Pero debajo del follaje el cielo no se veía y peligros con enseñanzas- a veces- son la misma cosa.

Quizás escuchó una rama quebrarse a lo lejos, quizás una sombra esquiva. Aguzó los sentidos y lo vio todo claramente. Ahí estaba. Terrible como un incendio. El *taitarruco* se acercaba. Tenía formas animalescas que no logró identificar del todo. Algo como un gruñido o una carcajada le llegó a los oídos. Si antes sus piernas eran colibríes, ahora eran avalanchas. Tan rápido iba que las matas de Quila pasaban difusas a su alrededor. Sentía que lo alcanzaban. Sentía pavor. La certeza del peligro era dura como punta de flecha y él era pequeño.

El tiempo es ahora. La señora Miriam le pidió a la multitud que apague los celulares y que nadie saque fotos ni grabe mientras dura la ceremonia sagrada. Habrá lugar para eso después, dijo, cuando sea momento de compartir.

El grupo hizo una semi luna con el espacio abierto hacia donde sale el sol, para saludarlo. Al medio hay un altar con un árbol de Araucaria y dos banderas: una azul que representa el cielo y el agua, y una amarilla que representa la luz y el sol. Además, se encuentra un enorme recipiente con

chicha de piñón o *chaví*. Ésta, será repartida al final de los cantos y los movimientos tradicionales.

Hace frío, pero la multitud es numerosa. Hay profesores, alumnos, apoderados, funcionarios de diversa índole y dos o tres perros.

Cuatro hombres semi arrodillados o sentados en el suelo cantan letanías antiguas. A veces todos juntos, pero en general, cada uno sigue su propio tema. El resultado es una consecución de palabras rítmicas que tienen un efecto hipnótico. Para los que no manejan el *chedungún* e incluso para aquellos cuya habilidad no está tan desarrollada, el significado del canto escapa la comprensión. Sin embargo, hay algo en el ambiente y en la cara de quienes participan de la ceremonia de celebración del *wetripantu*, que señalan lo solemne de la ocasión.

Manuel es uno de los que cantan y oficia el culto. Se le nota que está concentrado y que su labor le demanda una gran cantidad de energía. Muchos niños y niñas participan activamente del ritual.

Muchos de los presentes no son pehuenche. Algunos niños y niñas de pelo y ojos negros y piel tostada por el sol cordillerano miran desde una distancia cercana.

Un joven con zapatillas deportivas alza una ofrenda de *chaví* hacia el cielo, una niña con una falda de colores ofrece una rama de pehuén y piñones. Otros jóvenes miran como comprendiendo algo.

“De repente los pehuenche no se valoran a sí mismos porque los papás no les han enseñado que el ser mapuche es también importante. Yo mismo estudié, me eduqué con esfuerzo, salí adelante con mi conocimiento, pero nunca olvidé que tengo una cultura, una identidad; me siento fuerte con ser pehuenche. Ser pehuenche se define como uno que vive su cultura, el no olvidar su lengua, el no sentir vergüenza de hablar mi idioma. También me siento pehuenche porque me crié entre los frutos de los piñones. Yo me admiro de cómo es el pehuenche, porque es muy cariñoso. Llega una persona y es como que llegara un hermano o un hijo. No les gusta que otra persona sufra de hambre o frío”.

Dentro de la cosmovisión pehuenche todas las cosas están íntimamente relacionadas y todo tiene una energía cuyo fluir afecta los otros cursos. La realidad es presencia líquida, en donde bailan el mundo espiritual, físico y onírico con igual importancia. Los sueños, los *pewma*, no están

desconectados de la cotidianidad, al contrario, la complementan y a veces son más reales que la realidad misma.

En la cultura occidental aquel que confunde la realidad con lo onírico, tiene demasiados sueños o se le presentan visiones simbólicas, es considerado un enfermo mental y tratado con terapia y medicamentos poderosos. Para los mapuche pehuenche, si alguien no sueña y no incorpora estas experiencias a su diario vivir, es señal de que algo anda mal en él.

El padre de Manuel despertó agitado, con la sensación de no haber descansado lo suficiente. Durante la noche, imágenes de violencia y tragedia le envistieron el alma y los párpados; sus ojos eran dos peces fuera del agua.

Dirigió sus pasos al fogón buscando guarecerse de sus pesadillas junto al calor de las brasas. Ese impulso ancestral de calma y protección que todos los hombres tenemos anidado en nuestra conciencia recóndita, de cuando las noches eran más frías y los peligros asechaban en las sombras.

Pronto la familia estuvo reunida, se calentó el agua y el mate corrió de mano en mano, en un ritual sutil y automático.

“Vi a mi hermano atravesado por los cuernos de un animal. Lo vi”.

El padre quería partir de inmediato a verlo. Quería asegurarse que su sueño significaba otra cosa. ¿Escases, quizás?, ¿hambre?, ¿malas noticias?

Pero sus obligaciones de hombre y miembro de la comunidad, se lo impedían. Debe partir temprano al *Nguillatún* de la hermana comunidad de Malla Malla. Lo invitaron especialmente y él se comprometió. Romper la palabra empeñada en una promesa tal, es algo casi impensable y una falta de respeto tremenda.

Tres campanadas sellan el destino y señalan el comienzo del recreo.

Manuel rememora todo lo que aprendió en su casa con un cariño tibio. Su cara refleja calma y emoción profunda. Su expresión es de mineral antiguo. Lo que aprendió no lo ha olvidado y trata de traspararlo a sus alumnos. Les enseña que el respeto es muy importante y que es trascendental escuchar al otro con mucho cuidado. Esperar a que sus palabras amainen y que el río de su *ngutram* tenga un vado. Sólo ahí cruzan sus palabras y se reconocen en el diálogo. Muchos confunden este silencio con timidez o desconfianza. Con el tiempo, sí lo fue. De todo esto les habla a sus estudiantes, les cuenta del *taitarruco* y recuerda a su hermano cuando lo asustó disfrazado con una máscara, cuando era pequeño.

Visitarse es costumbre y norma. De esta manera, se crean los lazos en el *lob*, se genera el *pentucún*, la gente se hace amiga y se preocupa de los otros. Si están enfermos, si hay jóvenes en edad para armar familia, si alguien necesita ayuda, si alguien sueña con otra persona, lo visita.

“Mi papá alcanzó a llegar justo, apenas estaba respirando. Allá está la creencia de que si a un familiar le cuesta morir es porque falta alguien, justo faltaba mi papá. Todos los demás habían acudido. Llegó, fue a saludar a su hermano, lo miró y este descansó”.

La ceremonia finalizó y todos los presentes se acercan al recipiente que contiene *chaví*. Manuel y otros reparten el contenido con un cucharón de madera. Muchos niños, incluso aquellos que estaban alejados del ritual, acuden con sus platos de roble labrado- llamado *Rali*- a recibir la chicha de piñón. Al educador se le ve contento, sonríe con franqueza. Antes de beber, arroja un poquitito de chicha al piso, toma un trago largo y recibe los elogios de todos en nombre de su señora quien preparó el brebaje. Le gustaría quedarse más tiempo, pero debe volver con los alumnos para cuidar de ellos. Su jornada laboral no ha terminado.

“Yo tengo una responsabilidad que cumplir, no soy *winka* - como me dicen mis primos cuando los voy a visitar, pero no soy el mismo de antes. Igual los quiero porque son parte de mis recuerdos desde hace mucho tiempo. Uno extraña, me gustaría estar allá, con los animales, ir yo mismo a recoger piñones. No como ahora, que me los manda mi mamá. Recorrer el campo andando a caballo. Eso es muy difícil de hacer en mi situación actual. Ahora voy casi como turista. En vez de disfrutar ando preocupado de los días, que no pasen. Existen dos pensamientos, el pensamiento urbano y el pensamiento pehuenche”.

Tres campanadas señalan el inicio de una nueva clase.

Dungunleo

Si estuviesen en el mar verían gaviotas alzando el vuelo asustadas, olas que se levantan con el viento y densos nubarrones negros cubriendo todo el horizonte. Pero los 45 se encuentran entre cuatro paredes pintadas de blanco, en una sala cuadrada perteneciente al centenario ex Liceo de Hombres A-59.

Belén está arqueada sobre su puesto en una actitud que se puede confundir con sueño o indiferencia, quizás ambas. Algunos guardan silencio y otros cotorrean con disimulo. La profesora se prepara para dar las notas y comienza a ordenar sus papeles. Es su costumbre entregarlas empezando por las peores y terminando con las mejores.

Belén espera que den su nombre pronto.

Yolanda Queupil Maripil nació en *Rahueco*, cuya traducción del chedungúnes “lugar del agua”, en el corazón del valle de *Cauñiquí*, que significa “abrevadero para caballos”. Su cabello es negro y cuando se lo deja suelto cae liso en una cascada que captura la luz a su alrededor. Su piel es morena y sus pómulos tallados en piedra. Tiene los rasgos distintivos del pueblo *pehuenche*, distribuidos con armonía en su cara y cuerpo. Es una mujer bella, aún más cuando sonríe.

Se crió en esas montañas hasta que tuvo edad suficiente para ir a trabajar al pueblo más cercano que queda a 3 horas de viaje en bus: Santa Bárbara. Ahí la conoció Juan Cárcamo.

Juinja, como le dicen sus amigos, nació cerca de Osorno, era el tercero de 12 hermanos de una familia pobre formada por un carpintero y una ama de casa. Cuando Juan conoció a Yoly, él tenía más de 45 y ella poco más de 17. Belén nació cuando su mamá aún no cumplía 20 años.

Su pololeo fue breve. A veces Juan la iba a buscar a la casa de un médico de derecha, en donde Yoly trabajaba como nana. A Juinja le molestaba que su

pareja laborara para un “facho engreído”, en el cuerpo aún conservaba las cicatrices de tres años de prisión política y el orgullo ciego de su militancia de izquierda, que era más pasión que cabeza.

La naturaleza arrebatada y vehemente de Juinja, más la juventud cordillerana de Yoly, hicieron que a la relación nunca le faltara fuego para entibiar los días con rituales de familia y montaña, o para iluminar las noches de soledades y miedos antiguos. Sin embargo, una buena fogata es la que proyecta las mayores sombras. El temperamento de Juan, sumado a sus traumas y la adicción al alcohol siempre fueron un problema.

Ambos amaban a su gente y no dejaban de asistir a los ritos que los mantenían unidos. Yoly llevó a Juan y a Belén a todos los *nguillatunes* y otras ceremonias en su tierra, Juan a almuerzos y cumpleaños interminables junto a sus parientes, llenos de música y risas profundas.

En estas instancias, Belén aprendió la cultura de su madre que por derecho de sangre y adopción hizo suya. Visitó cada vez pudo a su abuela materna allá en su fogón de piso de tierra. Con ella, aprendió historias remotas que

se transmitieron en conversaciones pausadas y coloridas. Un día, la anciana le contó que estaban preparando su *lakutún*, que ya tenía casi 5 años y le correspondía la ceremonia del nombre, el día en que se haría una *pehuenche* completa, según las antiguas tradiciones que pocos conservan.

La ceremonia es la bienvenida oficial a la tribu y está llena de simbolismos que reflejan en actos la cosmovisión pehuenche. La familia escogió a la abuela de Belén para que fuera su *Laku*, es decir, le cediera el nombre o le pusiera uno que tuviese un significado acorde a las características de Belén.

Paulina Maripil Maripil es el nombre chileno de su abuela, sin embargo su *cheguy*, el nombre secreto de la tribu, es *Dungunleo*, que significa “hablar constante” o “la que habla bien”. Belén comparte la misma característica con su abuela. De su boca siempre brota un manantial fluido de palabras y risas que parecen gorjeos. Ella también será *Dungunleo* y ese será su nombre en las ceremonias sagradas.

El rito se realizó en las tierras de su abuela en primavera, que es la mejor estación para hacerlo. La vistieron de pies a cabeza de la manera tradicional

pehuenche: ojotas, que son chalas de cuero que se amoldan a sus pies y se sostienen con tiras de cuero. Debajo de esto van los calcetines de lana, hechos por su abuela y con diseños geométricos y de colores vivos. Su vestido era negro y rojo con una blusa blanca. En el pecho portaba una *trapelacucha*, joya de plata que simboliza el camino al *wenumapu*, la tierra de los cielos. En ella se representa la esencia de la vida, las dos aves en la parte superior, indican la dualidad hembra y macho, la unión del hombre y la mujer, encargados de darle continuidad a la cultura y al pueblo mapuche, los eslabones representan los pasos de la vida en la tierra, y el lugar donde se genera la vida animal, humana y natural. Sobre su frente posaron un cintillo hecho de monedas antiguas bien pulidas, un *trarilonko*.

Pusieron dos banderas en medio del *rehue* en la dirección en que nace el sol, hacia oriente. Una azul y otra amarilla, aludiendo al sol, el cielo y las aguas. Tres mujeres llevaban la ceremonia, su abuela Paulina y dos ancianas más. Dieron varias vueltas alrededor del altar recitando en voz alta letanías arcanas e improvisadas. Cada cierto tiempo derramaban en la tierra un poco de *chaví*, chicha de piñón, para ofrecerlo a la *ÑukeMapu*.

En el clímax de la ceremonia, la *laku* de Belén le traspasó las orejas con una aguja y le puso su primer par de aros mapuche: dos lunas florecidas. Belén se sintió parte de la comunidad, ya era pehuenche, tenía su nombre.

Cuando la profesora pasa de los 3,9 a los 4 un brote de sorpresa y esperanza estuvo a punto de nacer en el corazón de *Dungunleo*. Sin embargo, la recurrencia del fracaso en este ramo, segó esa espiga antes de que madurara.

Para esta prueba no era necesario estudiar. Trataba sobre estrategia y pensamiento lógico. La profesora pasa de los 4 a los 5 y Belén se permite una duda. ¿Se habrá equivocado?, piensa. Espera que le entreguen un rojo en cualquier momento. Siempre le ha costado matemáticas y en esta ocasión se siente igual de insegura. No como en las disertaciones, ahí puede improvisar y el error se disuelve en un arroyo de palabras cristalinas, como su nombre, *Dungunleo*.

Su ramo favorito es teatro. Hace poco montaron *Las Brutas*, de Juan Radrián. A Belén le tocó interpretar a una anciana quejumbrosa y

amargada, “nada más alejado de mi personalidad”, dice. Ahí sus maestros la felicitaron por su habilidad para meterse en el personaje, porque se empeñó en lograr el objetivo. Para hacerlo, primero pensó en lo que sienten los personajes y en sus peripecias, después, se imaginó que le ocurrieron a ella. A veces también hace el ejercicio inverso.

Belén se encuentra en la casa de su tía Miriam, en Ralko. Se pasea por todas las piezas de la casa. En la oreja el moderno celular zumbaba como un mosquito de teclas y plástico.

“Mamá, dame permiso, mi prima me enseña inglés, te prometo que hago las tareas. Mañana subo con los tíos en camioneta al *Nguillatún*. Tranquila, mami, Juanito está bien y también quiere quedarse. Estaremos allá temprano”.

Después de esta conversación, Belén se pasa la tarde jugando con su hermano Juanito y sus sobrinos Sebastián y Rayen.

Al otro día, Yolanda llega en un jeep rojo a la casa de su ex cuñada. La acompaña *Maylén*, su hija recién nacida cuyo nombre significa princesa, y su nueva pareja, Wilson. Un pelirrojo de cuerpo grueso con una sonrisa tímida y franca. Yolanda entra a la casa con Maylén en los brazos para saludar a la familia de Juan, quien se suicidó años atrás, mientras Wilson espera en el auto.

Hace 5 años que Juan no está con Yoly. Su puesto como chofer del vehículo familiar ahora lo ocupa Wilson. Yolanda, Belén y Juanito, lo lloraron con mucho dolor y aún lo resienten en el alma. Su suicidio fue un golpe durísimo para todos, pero la vida continúa y ahí está Maylén, quien asiste a su primer *nguillatún*.

Un remolino de primos infinitos y tíos emocionados rodean a la pequeña y a Yolanda haciendo sonidos ridículos con la boca. La decisión es unánime, la guagua es una belleza. Con la piel olivácea de Yolanda y los ojos soñadores de Wilson.

Para Yolanda es muy importante llegar a tiempo al *nguillatún* porque la vieja *Dungunleo* la espera para empezar a cocinar. Por esto parte de inmediato a *Cauñiqú*, dejando a *Dungunleo*, la joven, a cargo de su tía y con un mensaje de premura.

Un par de horas más tarde, Belén llega a *Cauñiqú* al sector donde se encuentra el *nguillatún*. La estructura es un semi círculo de ramadas de 100 metros de diámetro hechas con follaje de avellano, ñire y hualle, cuya abertura apunta hacia el nacimiento del sol.

El *nguillatún* dura tres días y tres noches, y las familias se preparan durante meses para recibirlo. Se elige al *lonko* del *nguillatún*, quien tiene por responsabilidad organizar los aspectos generales de la ceremonia y es quien será garante del fracaso u éxito de este. También se nombran a los *ñancanes*, quienes son los encargados de mantener el orden durante la ceremonia.

La comunidad vela esperando la salida del sol y lo saludan con cánticos, bailes y oraciones. Cada grupo familiar tiene su propio pedazo de ramada

que utiliza durante esos días como cocina y dormitorio. Durante el *nguillatún*, la gente comparte su comida y aprovechan de hacerse compañía y conversar. Es muy frecuente que se inviten mutuamente a compartir *chaví* o cazuela de cordero.

Belén está preocupada. Se va a presentar al *nguillatún* con sus ropas de ciudad: un vestido azul con flores blancas que le llega centímetros más arriba de la rodilla, demasiado corto e inadecuado para la ceremonia sagrada. Sus sospechas se confirman cuando fue a saludar a su mamá. Yolanda le da un beso y de inmediato le advierte sobre lo inapropiado de su vestido. Su abuela la mira en silencio, pero su mirada refuerza las palabras de su hija. Belén parte rápidamente a buscar su delantal ceremonial en compañía de Rayen y del tío Wilson, como ella lo llama.

Cuando Belén vuelve, usa un delantal rojo con flores blancas. De inmediato le solicitan que vaya a dejar un humeante plato de cazuela de cordero con papa y porotos verdes a una ramada de al frente. El sol del día arranca destellos negros de la piel y cabello de Belén, mientras recorre la distancia que separa una ramada de otra.

En la abertura del *nguillatún* se puede ver a un grupo de hombres que pintan sus cuerpos con tintes azules y diseños parecidos a ramas en sus brazos, piernas y espalda. En el pecho dibujan el *kultrún* pehuenche, con dos lunas y dos estrellas.

Son los Catrileo. El padre va acompañado de sus dos hijos y un sobrino. El menor no tiene más de ocho años. La señora Paulina dice que ellos son excelentes bailarines, que lo hacen bonito, “de corazón”. Es cierto, al ver al más pequeño bailar, orgullo y ternura estallan en el pecho.

Un coro de mujeres cantan hipnóticamente al ritmo de un *kultrún*, una *trutruca*, *pifilcas* y una trompeta de bronce. “Si ellos toman cosas de nosotros, nosotros de ellos”, dice Belén, refiriéndose al instrumento metálico.

Belén no canta. Cuando su abuela le dice que aprenda, ella sostiene que se le olvida la letra y que no sabe *chedungún*, sólo palabras sueltas; como saludar, despedirse o presentarse. Su abuela le dice que tiene que aprender,

que para cantar no necesita saberse una fórmula, que eso sale de adentro, improvisado, que sólo debe pensar en la persona y las palabras brotarán solas. Belén guarda silencio.

Alguien viene a invitar a los hombres de la familia a bailar, es el turno de los Queupil. Lamentablemente, nadie podía. Néstor, uno de los hermanos de Yolanda, ya tiene señora e hijos y ramada aparte. Juanito es muy pequeño, Juan ya no está y Wilson, el pelirrojo, no baila.

Más de 50 jinetes dan cuatro vueltas alrededor del *nguillatún* levantando densas nubes de polvo y aullando para espantar a los malos espíritus. Belén vuelve con el plato de cazuela vacío.

Valentina Belén Cárcamo Queupil, un 7. Dungenleo no lo podía creer. Sí, dijeron su nombre y luego la nota 7. Parte a buscar su prueba y se siente en el centro de todo, popular, como cuando le hicieron su *lakutún*. Está contenta. Últimamente le ha costado mucho sacar buenas notas, incluso obtener azules. Antes estudiaba en Santa Bárbara, pero ahora lo hace en el Liceo Bicentenario Los Ángeles y eso significa un esfuerzo extra. Se

levanta a las 6, toma un bus a las 7 para llegar corriendo a las 8 a clases. Además, la exigencia es mayor y según ella no tiene con quien estudiar.

Llega en la tarde a su casa y le cuenta a su madre sobre la nota. Está contenta, esperanzada, pero matiza su felicidad con un “fue pura suerte”. Luego, se tiende en el sillón y ve televisión hasta que es hora de tomar once.

Su vida transcurre entre dos mundos. Cuando está en la ciudad le gusta ir al cine, al *skatepark* con sus amigos, al Happyland a jugar videojuegos. En la cordillera es diferente. Allí se olvida del liceo y sus problemas, se siente libre. La cordillera es subirse al árbol, comer asado, jugar con los perros y levantarse tarde.

Cuando sube, va a cuidar de sus 11 ovejas. Antes tenía 17 pero el puma o *butapeñi* para los pehuenche, se las comió. Los *pehuenche* consideran al puma como un hermano mayor, y lo relacionan con la sabiduría y fortaleza. Sin embargo, esto no impidió que se comiera a las ovejas de Belén.

Ella no cree en dios, o en el dios tradicional como le gusta decir. Cree en su Dios, *chauneguechén*. Considera que todas las religiones se basan en el mismo hecho. “Las personas explican de diferentes formas la existencia. Por ejemplo, los científicos dicen que de un solo átomo que explotó, el bigbang, se creó la vida. Otros dicen que alguien se le cayó del bolsillo” Para ella, ambas son igualmente válidas.

Esta concepción de la divinidad la hace sentirse *pehuenche*. Para ella eso significa pureza y simplicidad.

Lawentuchewe

Pewma

Juana es pequeña y sus pies están tullidos, sin embargo, esto no le impide seguir con agilidad a la desconocida pareja de ancianos que la invitan a adentrarse en el bosque.

El río Queuco es de un profundo color turquesa, si se lo mira con atención podría creerse que no tiene fondo. En su rivera se extienden playas de arena gris y, en las mañanas, una bruma enreda los sueños con la realidad. Aquí vive Juana.

Un poco más abajo de la *ruca* familiar se encuentra la confluencia de los principales ríos de la comuna: el BíoBío y el Queuco. Este lugar es uno de los más significativos y poderosos del Alto BíoBío. La mezcla de estas dos serpientes creadoras y destructoras generan un pubis que concibe y define toda la vida en esta parte del *Wallmapu*.

Juanita ronda los siete u ocho años. A pesar de que sus padres le advirtieron varias veces lo peligroso que podría ser adentrarse en el cerro cuando cae la noche, ella siguió a la pareja de viejos en muchas oportunidades.

Sus mayores le enseñaron que los espíritus negativos se vuelven fuertes cuando el sol comienza a esconderse. Si te los encuentras o los miras, puedes enfermar gravemente. Juanita no tenía miedo.

La niña confió desde el primer momento en la añosa pareja, puesto que a pesar de nunca haberlos visto, los conocía bien. Ninguna celebración mapuche puede efectuarse sin invocar a los espíritus del anciano, la anciana, el joven y la joven.

La tetra partición de la divinidad, las fuerzas complementarias, Dios-familia, Dios-comunidad; esto es parte fundamental de la cosmovisión religiosa del pueblo mapuche pehuenche.

La vieja se llama *Pewenkuzé* y su pareja *Pewenfuchá*. Ambos habitan en la alta cordillera y cuidan las araucarias. Antes de la llegada de la maderera Ralko y su depredación sistemática del bosque nativo, los dominios de los ancianos llegaban hasta el *lob mapu* Callaqui, hogar de Juanita. Hoy sólo se encuentran en la punta de los macizos andinos. Ahí dialogan con el *pillán*, el espíritu de los volcanes, y con *Chaungeguechén*, el creador de todo.

La *pichidomo* Juanita escucha con atención a la vieja que poco a poco y con paciencia, comparte los secretos de la naturaleza. La corteza del sauce baja

la fiebre, el poleo alivia los dolores del estómago, cataplasmas de pehuén y musgo mejoran los golpes y esguinces. La anciana educaba y Juanita soñaba. Aprendía.

Este diálogo ancestral acompañó a Juanita durante gran parte de su infancia y adolescencia. La luna y las estrellas fueron testigos del camino onírico recorrido por la pequeña hasta convertirse en una reconocida *lawentuchewe*, curandera mapuche que sana enfermedades del cuerpo y el espíritu usando hierbas y rituales.

Juana viste un vestido floreado de colores vivos. Sobre su frente una pañoleta que hace juego. Las arrugas de su cara ennoblecen su expresión de roble viejo. Usa calcetines de lana urdidos por otra persona puesto que ella ya no puede tejer por sus manos adoloridas de invierno y vida. Le preguntamos la edad, pero no lo recuerda. “Son muchos”, dice.

Hemos estado más de una hora conversando con la *meika* en su fogón. El título proviene de la mapuchización y la contracción de la palabra médica. La denominación en *chedungún*, el idioma *pehuenche*, es *lawentuchewe*.

El lugar es cómodo y confortable, aunque a veces el humo del fuego que está en el centro de la estructura irrita los ojos y las vías respiratorias. Para alguien no acostumbrado, este estímulo podría resultar molesto.

Algunas de las vigas y planchas de zinc del fogón están ennegrecidas o quemadas. La razón es porque a mediados de 2014, la consulta de la *meika* se quemó totalmente. El incendio no sólo consumió su hogar y lugar de trabajo, sino que también la colección completa de hierbas medicinales que juntó y recolectó durante mucho tiempo.

La casa siniestrada fue gestionada por Jorge Cárcamo, funcionario de Fundación Pehuén, una institución creada por Endesa para ayudar a mejorar las condiciones de vida de las comunidades del Alto BíoBío y, de paso, lavar la imagen de la trasnacional.

A finales de 2014, el edificio de Fundación Pehuén fue quemado por un grupo de desconocidos que pidieron la salida de Endesa del territorio pehuenche.

La señora Juana dice que le será muy difícil apersearse nuevamente del *lahuén* necesario para volver a atender eficientemente a su comunidad. Los lugares de recolección a veces se encuentran apartados y los procesos de

secado y puesta a punto de las hierbas requieren de mucho tiempo y rituales especiales. Todo esto son complicaciones difíciles de sortear para su cuerpo cansado. “Las ganas están, pero las piernas pesan”, dice.

Mientras hablamos, dos camionetas llegan al lugar. De los vehículos se bajan unas ocho personas, entre mujeres, hombres, niños y niñas. La *meika* mira ansiosa por la ventana y dice el nombre de una paciente recurrente.

“La señora Lala es la que viene. Tiene reumatismo, principio de trombosis. Tuvo un embarazo que los doctores no le encontraron. Yo se lo dije al tiro. Ella dijo que no. Después andaba toda gorda. Ella se reía y me daba la razón”, dice la *meika* mientras la gente se acerca. Nos despide con una frase amable y le pide a su hija que caliente agua.

Salimos de la semi penumbra del fogón y un sol brillante nos obliga a entrecerrar los ojos. Mientras cruzamos el pequeño cerco de madera que evita que los pollos entren y salgan, les decimos adiós a la *meika*, a su hija, a su nieta y a las personas que vienen llegando.

Caminamos por la tierra húmeda de lluvia sonriendo por dentro y por fuera.

Vida

Los pies de Juanita están torcidos. Su malformación es grave y podría significar una vida de postración. No hay dinero ni posibilidades de tratar su problema; vive en una reducción indígena a un día del hospital más cercano, y los costos de una intervención son insalvables.

Sin embargo, escala los castaños y cerezos de su casa con la agilidad de un monito del monte, ese marsupial diminuto que aún habita en estos bosques.

Si hay que buscar agua en el río o la vertiente, lo hace con alegría. Verla cabalgar, cosechar trigo o recolectar las uvas del parrón, es ser testigo de una fuerza de la naturaleza superando las dificultades. Como cuando el agua rebalsa una presa y encuentra su cauce.

Ninguna tarea le queda grande. Se adentra un poco en el cerro con sus hermanos y hermanas y, en poco tiempo, llenan sacos y sacos de avellanas.

Suelen pasar inviernos enteros despepitando los frutos entre todos.

Las avellanas son un valioso aporte nutritivo a la dieta familiar y además, sirven para venderlas o intercambiarlas por otros productos necesarios para la subsistencia.

Cuando tienen una cantidad considerable reunida, la madre de Juanita se alista para ir a venderlas a *Loncopangue*, un poblado relativamente cercano. Para llegar allá debe cruzar el BíoBío usando una balsa.

Con el tiempo, el Estado mejoró la conexión y puso una lancha. Esto le permitió a la madre de Juanita bajar hasta Santa Bárbara a vender sus productos. Chile y sus *winkas* estaban cada vez más cerca.

Cuando las avellanas no son suficientes, la familia de Juanita trabaja haciendo carbón. Ella y su hermano mayor suelen adentrarse en el monte a fabricar monos, unas estructuras parecidas a volcanes rellenos de madera.

Para hacerlos, Juanita pica leña. Abajo van los palos chicos, coligües, astillitas, todo seco. Se agrupa la leña más gruesa de forma piramidal hasta hacer una pequeña montaña de fuego. Luego, pone las guías que le darán soporte al hogar de un pillán diminuto. Se juntan ramas verdes y trozos de pasto con tierra. Con estos elementos la pequeña y su hermano amurallan el mono. Sacan las guías y prenden el fuego. El carbón resulta de la combustión incompleta y casi sin oxígeno de la madera interior. El poder calorífico del carbón resultante es enorme, parece que el fuego cobra venganza por las amarras humanas.

Partida y descubrimiento

Los años pasan lentos pero inexorables. De esa misma manera avanza Chile sobre la reducción, sobre Juanita. Los campos de avellanos se convirtieron en una cancha de aviación que el Estado usaba para conectar el Alto BíoBío con el resto del país, puesto que el territorio está en la frontera con Argentina y es de interés estratégico para la nación.

Más y más tierras aparecieron inscritas a nombre de apellidos foráneos. Las veranadas comunitarias que durante cientos de años sirvieron como fuente de pastos frescos para los animales en la estación calurosa, fueron expropiadas y coronadas por cercos de alambres de espinos.

Para Juanita los cambios vinieron como una tormenta. Su madre y su hermana murieron, y ella, al igual que muchos pehuenche del Alto BíoBío, se vio forzada a emigrar para poder comer.

Toda fuerza negativa viene acompañada de su complemento positivo. KaiKai y Tren Tren, las serpientes primordiales de la creación mapuche, se muerden las colas y crean un círculo que es la vida. Juanita conoce a su marido y con él comienza un peregrinaje que dura 39 años.

Trabaja a la par con su *wentru*. Si hay que hacer una chacra, se hace. Aprende a cosechar remolachas y cualquier fruta de estación.

Su primera *ruka* la construye cerca de Los Notros, villorrio ubicado entre *Callaqui* y Santa Bárbara a 60 kilómetros de Los Ángeles, capital de la provincia del BíoBío. La endeble construcción estaba detrás del Puente Colgado, una vieja estructura de tablonces suspendidos a gran altura sobre el río Huequecura, sujetos por cables de acero. Eligen un peumo para levantar la ranca y se establecen durante dos meses.

Juana, la vieja, recordará con pena estos días en los que cocía choclos y tallos de coligüe a la orilla del río mientras la lluvia mojaba adentro y afuera por igual, y en donde tuvo a su hija mayor, la Nana.

El deambular continúa por largos años y diferentes parajes. Se dedican a cuidar fundos con su marido, cambiando de *ruka* en *ruka* según la necesidad de los patrones.

Juana, la joven, nuevamente está embarazada. Se encuentra en San José de BíoBío, poblado a 13 kilómetros de Los Ángeles, entre Chillán y Laja. No hay quién la atienda. Le pide el favor a una conocida que se llama María Cariman. Ella no es partera ni *meika*, pero alguien tiene que recibir al bebé.

Se adentra en el bosque con María, atizadas por el miedo antiguo de ser acusadas de brujas o ejercicio ilegal de la profesión de sanadoras, debido a las yerbas y sahumerios que usan. Un llanto nuevo resuena entre guayes, ñirres y coigües.

Las iglesias y el Estado persiguieron sistemáticamente a machis y *lawentuchewes*, columna vertebral de la espiritualidad mapuche. El fin era acabar con la brujería y las falsas medicinas y establecer el reinado de la razón y la fe verdadera. El resultado, planificado o no, es el miedo que se transmite de generación en generación y que también afecta a Juanita.

Sus dotes de sanadora, que aprendió en su *Callaqui* natal gracias a sueños reveladores y a una inteligencia activa e indagadora, están dormidos bajo capas de temor y timidez. Solo la necesidad extrema, cotidiana y privada vuelve a despertar la *meika* escondida.

Uno de sus bebés amanece azareado. La enfermedad lo consume y teme lo peor. Los médicos están demasiado lejos y, además, no confía en ellos.

- Le voy a hacer remedio yo. Si le pasa alguna cosa a mi guagua, le va a pasar en mi casa, piensa Juana.

La mejora es casi inmediata. Durante la tarde la niña ya se encuentra bien y vuelve a comer. El don de sanar brota nuevamente, pero sigue siendo un secreto que celosamente se guarda para sí. Ni siquiera su *wentru* conoce sus habilidades.

La vida lleva a la familia de Juana de vuelta a Los Notros. Se radican cerca de la escuela rural del sector. Ahí conoce a un profesor que la ayuda mucho y le enseña a leer a sus hijos. La anima a ejercer su oficio, a dejar de lado la timidez y el miedo.

“Si usted sabe medicinar, Juanita, trabaje, yo la apoyo”, le dice.

Ella no le hace caso al principio, pero sus palabras de a poco van encontrando terreno fértil.

Nuevamente la casualidad, esa invención de los escépticos, acerca a Juana al camino que la vieja *Pehuenfuzé* escribió en las estrellas. Una amiga de Chillán llegó a Los Notros afirmada en un bastón de palo. Apenas puede caminar y se queja lastimosamente del dolor.

“Te voy a sanar”, le dice Juana, “pero callaita no má. Nunca más te voy a sentir si andas divulgando que soy *meika*”, agrega. “No, Juanita”, responde.

Evidentemente, lo primero que hizo su amiga fue a decirle a la gente de Chillán que gracias a una mapuche de piernas chuecas ella estaba viva.

Al poco tiempo llega un matrimonio chillanejo en busca de la *meika*. Juana duda. No sabe si debe atenderlos o no. Al final, las palabras del profesor y el deseo de ayudar a las personas usando su don prevalecen. Además, esta es una forma de obtener unos cuantos recursos para su familia.

Al poco rato les reconoce las enfermedades, identifica las yerbas que los pueden sanar y las formas de tomarlas. El matrimonio vuelve a su ciudad con esperanzas de mejora que se ven cumplidas a cabalidad.

El marido es testigo de estas acciones y se preocupa. Las historias de persecuciones también calaron fuerte en su mente. Le exige a Juana que le cuente de qué se trata todo.

“Oiga, ¿usted es *meika*?”, le pregunta. “Si no, ¿cómo tanta gente se viene a aliviar con usted?”, añade y espera la respuesta.

“Sí”, dice Juana. “Me la tengo que inteligenciar para sacar adelante la familia, ¿cómo vamos a hacer la familia y no tener para alimentarla?”, le contesta.

“Si usted se va al cárcel, usted no atiende a su familia”, replica el marido con lógica

Juana, la vieja, recuerda esta discusión sentada en su fogón reconstruido y dice con la cara llena de risa:

“Igual lo seguí haciendo”.

Poco tiempo después de atender al matrimonio, Juana entra a un curso de capacitación que el Gobierno da a las mujeres de la zona en la escuela de Los Notros. Les enseñan a tejer mantas y vestidos, a hilar y otras actividades similares. Como Juana es hábil en esas tareas, le ofrecen ser monitora.

“Preferiría que buscaran a una señora de edad, porque yo soy una mapuche pelienta. ¿Qué me van a respetar ustedes?”, les dice. Sin embargo, acepta y se mantiene seis meses en el cargo.

Durante ese período la voz de que en el sector hay una *meika* infalible corre como caballo asustado. Comienza a llegar gente de Los Ángeles, Concepción, Chillán, extranjeros, que acuden con la esperanza de sanarse.

“Ya no pude seguir trabajando como monitora, la gente no me dejó”, recuerda Juana la vieja.

Desde entonces ha ejercido el oficio de *meika* ininterrumpidamente.

El Retorno

Juana quiere volver. A su familia la crió andando, de un lado a otro, cambiando la puebla cuando se la pedían los patrones. Las distancias recorridas y las penurias soportadas le pesan en las pupilas. El territorio la llama, la sangre pesa, los espíritus la extrañan. Juana quiere volver.

El terreno en Alto BíoBío es escaso, y con el tiempo ha ido perdiendo fertilidad. Antiguamente se sembraban todo tipos de legumbres y hortalizas, pero con la monoplantación de pinos y eucaliptos la tierra se acidificó y secó hasta el punto de que nada que no sean esas especies foráneas puede crecer en ellas.

“Antes se cosechaba trigo blanco y centeno, papas, porotales; habían sus lindas chacras. Ahora nadie siembra ná. Lo prohibieron totalmente para explotar la madera. ¿Qué van a comer los pobres paisanos? Se mueren de hambre no má. Sumamente obligao de ser agricultores a ser apatronados.

No vaiga a pisar una parte fuera de tu campo porque pa' fuera; te echan y balazo.”, acusa Juana la vieja, la sabia.

La familia ya es grande, hay que dejar de correr, establecerse, volver a enraizar los pies cansados y cuidar de los brotes nuevos. Los jóvenes proponen llegar e instalarse, tomar cualquier terreno que se encuentre vacío; pero para Juana regresar no es cualquier cosa. Hay reglas ancestrales que seguir para mantener los equilibrios y respetar el *admapu*, la ley mapuche. Había que hacerlo bien.

Juana, la desterrada, decide llevar a todo su clan a la casa de don Segundo Ormeño, el *lonko* de Callaqui. Ahí hay un galpón de madera donde la comunidad se reúne periódicamente a conversar los temas que le atañen. La petición de Juana genera revuelo.

La mano de Juana se alza y pide la palabra. Plantea el tema y habla con respeto de sus intenciones. La gente antigua reconoce la verdad en sus palabras y la justicia de su causa. “Todos dijeron que sí porque yo era de la comunidad y tenía derecho a volver. Pero la juventud no lo entendía así. Las hijas de los más jóvenes comenzaron a reclamar”, recuerda Juana.

Los viejos mapuche se consideran parte de la tierra. Poseerla, es un concepto que no entra en sus paradigmas. Sin embargo, la relación occidental entre el hombre y la tierra ha calado en la mentalidad de parte de las nuevas generaciones de mapuche del Alto BíoBío.

“Ahora aunque esto igual es comunidad todo está dividido, los sitios están divididos en parcela 1, parcela 2, parcela 3. Entonces la gente se empezó a pelear entre ellos mismos porque el lugar es muy reducido. Por lógica esto iba a ocurrir así. En el fondo esto fue pensado para que ocurriera así”, afirma Juana la perspicaz.

Nicolás, cuñado de Juana e hijo del cacique, le cedió un terreno al lado del camino en consideración a su discapacidad. Juana no podría llegar a su antigua rancha a orillas del Queuco, ni siquiera en su silla de ruedas.

Algunas mujeres jóvenes no están de acuerdo con la decisión de Nicolás ni del *lonko*. Consideran que Juana se fue y por eso perdió sus derechos. Además, viene llegando con un piño de *champurrias*, mezclados, que no nacieron en la comunidad. Juana no abandona los suyos, “¿cómo iba a dejar a mi familia atrás? Ellos no son animales pa’ dejarlos, pa’ que pasten por

ahí”. Una de las jóvenes decide acudir a la justicia chilena para reclamar lo que considera propio.

“Me citaron al juzgado y allá fui. ‘¿Por qué te mandaron pa’ acá, abuelita?’, me preguntó el abogado. ‘Llegué a hacer mi casa a la reducción de Callaki, porque yo era de ahí y ahora me están desconociendo’, le dije.’ No, esa gente anda perdida. Pa’ otra vuelta no venga más usted y sólo envíe a su hija’, me dijo. Así que volví y aquí estoy”, relata Juana en su fogón.

Es la quinta vez que visitamos el fogón de Juana. En esta oportunidad acudimos por razones de salud, ya que los constantes viajes por los caminos cordilleranos del Alto BíoBío entrevistando a su gente, provocaron en Fernando una persistente ciática que no merma con reposo ni antiinflamatorios. La *lawentuchewe* no puede atendernos. Señala que debido al incendio, ya no tiene hierbas para curar la ciática ni los problemas a la espalda.

Una paradoja triste se dibuja en la montaña. Juana perdió el miedo y la sociedad por fin reconoce su trabajo y sabiduría, sin embargo, ella está

vieja, cansada. Su *nehuen* ardiente comenzó a apagarse con la edad y con el incendio que consumió las hierbas curativas.

Juana vive con su familia y en su comunidad, pero se siente sola. Una nieta calca a contraluz en papel mantequilla un mapa de Chile. Tiene 13 años, un poco más de los que tenía Juana cuando comenzó a soñar con los espíritus de los *pehuenes*. La pequeña es prolija y se esfuerza en los infinitos detalles de las islas sureñas. Debe hacer una tarea para la escuela. Juana la mira y se siente orgullosa de ella, es buena alumna, la niña sueña con ser una profesional destacada. Juana la mira y sonrío desde un rincón del fogón, atiza el fuego con un palo largo, acomoda sus piernas chuecas debajo del chamanto y vuelve a narrar historias de su niñez.

Hermanos en la Tierra

Una mañana, la camioneta del sacerdote Óscar Gutiérrez amaneció rayada con grandes letras: “CURA TRAIADOR”, decían las marcas hechas con un clavo. Un par de meses antes, el padre Óscar ayudó a escapar a un dirigente pehuenche condenado a cárcel por robo en lugar habitado.

Óscar viene de una familia grande. Creció junto a sus diez hermanos en La Mona, un pueblo cerca de Los Ángeles. Allá hay buenas manzanas, excelente vino, harta agua ardiente, gente de mucha fiesta, bien sociable. En su mayoría campesinos pobres que criaban vacas y chanchos, hijueleros que poseían pequeños huertos, algunas chacras de porotos y algo de maíz. El panorama no ha cambiado mucho desde entonces.

Desde que eran chicos sus padres les enseñaron los trabajos del campo.

Crecieron entre árboles frutales y animales. Esa relación lo marcó fuertemente, haciendo de la tierra su elemento.

Las tareas de la granja son duras y modelan el carácter de las personas. El tiempo lo pasan bajo el sol, la lluvia y los vientos; estos elementos van forjando una sabiduría profunda y fértil como surco de buen sembrado. A los 13 años, el padre de Óscar decidió entregarle una responsabilidad importante, el arado. El niño conocía las reglas generales, había visto a su padre hacerlo cientos de veces, pero cuando fue su mano la que guió al animal y su voluntad la que decidió por donde el acero hendía la tierra, comprendió el sentido de la responsabilidad. Óscar ya no era un niño.

Con la madurez vienen nuevas obligaciones. Es así como parte a estudiar al Liceo de Hombres A-59 de Los Ángeles, a 15 kilómetros de La Mona. El edificio quedaba en plena plaza de armas de la ciudad y en él estudiaban alumnos de todos los rincones del Bío Bío. Hijos de hacendados y políticos se mezclaban con los hijos de los peones y empleados. Esa realidad sí ha cambiado.

En el liceo no se destacó por sus logros académicos, era “uno más del montón”, como él mismo se describe. Sin embargo, de su familia, Óscar fue el que más avanzó en los estudios, el más “escueliado”, como dicen en su

campo. Sus hermanos llegaban hasta sexto, octavo y primero medio, para luego volver a La Mona. Ese lazo con la tierra no era tan fácil de cortar, pero Óscar terminó la enseñanza media y siguió con nuevos desafíos.

El llamado

Allá en La Mona, su gente iba a misa los domingos, bendecían las cosechas cuando correspondía, celebraban el Mes de María y hacían mandas a San Sebastián, el mártir que fue aseteado por defender su fe y que ellos consideraban su santo patrono. Además, los sacerdotes italianos de la congregación de Don Orione visitaban periódicamente la casa de Óscar.

Por lo anterior, no fue raro que levantara su mano cuando pasaron inscribiendo para la Confirmación que organizaba la Parroquia de Los Ángeles. Óscar estaba en primero medio. En ese momento pasó a formar parte del grupo scout de la Parroquia y a participar activamente en sus eventos.

Óscar cursaba tercero medio cuando, después de una reunión scout, el líder de su grupo, Genaro Tisnado, le dijo “oye, tu podrías ser curita”. A Genaro

le parecía que Óscar tenía todas las cualidades necesarias para vestir la sotana.

La idea quedó rondando en su cabeza, y unos días después, Genaro llevó a Óscar a hablar con el cura de la parroquia. Este no le dio mucha importancia a los deseos de Óscar y solo le dijo “anda a la jornada y conversa con los sacerdotes que las están guiando”.

Óscar lo hizo, y no se quedó allí. Cuando estaba en cuarto medio participó de un pre-seminario que era una exigencia para convertirse en cura. La finalidad de estos cursos es separar las verdaderas vocaciones sacerdotales de aquellas que pudiesen estar confundidas. Óscar se mantuvo firme y su decisión se vio coronada con la consecuencia de sus actos.

Se fue a Chiguayante a estudiar Licenciatura en Filosofía a la Universidad de Concepción. Al terminar, pidió permiso a la iglesia para irse un año a trabajar al campo. Ahí mezclaba las labores físicas con el activismo social que ejerció en la Junta de Vecinos de la comunidad. Lo que más recuerda de esos años fue participar en la campaña del NO. “Me integré a la Junta de Vecinos a trabajar en la campaña para despedir a mi general. Aproveché ese año y se me hizo cortísimo” recuerda Óscar.

Durante el '89 las necesidades económicas apremiaron a Óscar, es por eso que buscó trabajo en el colegio San Gabriel Arcángel de Los Ángeles. Allí se desempeñó como Inspector e impartía algunas horas de religión, pero apenas podía volvía al campo a trabajar en esa organización.

Óscar se encontraba muy cómodo, combinaba sus intereses sociales con la vida campesina que tanto amaba, pero su permiso sólo era por un año y debió volver el '90 a retomar los estudios teológicos. En mayo del '95 se ordena de sacerdote y vuelve nuevamente a La Mona en espera de que lo destinaran a algún lugar. “Yo feliz en mi casa esperando, pensaba ojalá que no se acuerden de mí”, rememora Óscar.

Sin embargo, no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague; en abril del '96 el Obispo Miguel Caviedes lo envía a Santa Bárbara a acompañar al padre Alfonso Plaza.

Para entender la magnitud del trabajo que realizaban los dos sacerdotes, es necesario señalar que la antigua comuna de Santa Bárbara comprendía un vasto territorio de precordillera en donde vivía la mayoría de la población chilena, y alta cordillera donde vivía la comunidad pehuenche del Alto BíoBío.

Viajar a las alturas de los macizos andinos para visitar a los pehuenche significaba recorrer caminos sin pavimentar, montar a lomos de caballos, soportar las inclemencias climáticas y muchas veces, no poder volver a la ciudad por derrumbes, nevazones o puentes cortados.

A los dos años el padre Alfonso empezó a cansarse y en su cabeza la idea de crear una parroquia en el Alto BíoBío se volvía cada vez más necesaria. Se lo pidió en varias oportunidades al Obispo Miguel, quien prometió pensarlo.

“Entonces el obispo Miguel comenzó a hacer el trabajo de consulta con las monjas que vivían acá, las Hermanas del Niño Jesús, con otros curas, a ver si sería conveniente. Había una terna, estaba Juan Pablo, que era un cura joven, Héctor Inostroza- otro cura joven y yo. Todos jóvenes. Se evaluó la posibilidad de enviarnos a los tres juntos, y al final se decidió enviarme a mí con un laico que me acompañara- que era Samuel Carrasco”, recuerda Óscar.

Una vez que Óscar, el cura recién ordenado, y Samuel, el laico inexperto, se instalaron en el villorrio Ralko, capital comunal del Alto BíoBío, comenzaron a recorrer cada rincón de la zona.

Todo en el ambiente gritaba cambio y crisis. La vida de los dos hombres se transmutaba al ritmo de la cordillera. El Alto BíoBío y sus comunidades desviaban su cauce por el concreto avance del progreso. Corría 1999 y la central Pangué ya estaba construída, mientras que la Ralko comenzaba su fase de estudios. Las aguas del Bío Bío se aquietaban artificialmente en relación inversa a las turbulencias sociales que esto provocaba. Este es el escenario que el padre Óscar caminó durante ocho años.

“Donde nos llamaban, íbamos; cada casa, cada rincón, conociendo la cultura, informándonos, tratando de ver cómo armar una parroquia, participando al máximo de la vida en la comunidad, sin horarios. Donde nos pedían misa, ahí hacíamos”, cuenta Óscar.

Conoció todas las comunidades sin la presión de llegar a una reunión específica, respetando los ritmos de las personas y del entorno. Aprendió *chedungún* de a poco, masticando las palabras mate tras mate en los fogones andinos. Decidió escribir los letreros de su pequeña iglesia en esta lengua, participó de múltiples *nguillatunes* y otras ceremonias, cada vez que podía realizaba parte de su misa en *chedungún*. De esta manera obtuvo una comunión más real con la gente.

Los miedos y esperanzas de las comunidades fueron los suyos, conoció de pobreza y despojos centenarios, de documentos falsificados y cercos que aparecían de la noche a la mañana. Supo de ancianos que firmaban papeles que no entendían a personas que fingían amistad. Escuchó los relatos de exterminio que los más viejos se encargaban de mantener vivos, las historias de ejércitos argentinos y chilenos cegando vidas pehuenche a ambos lados de la cordillera.

Por todo esto y más las luchas pehuenche que se estaban gestando no le fueron ajenas. Fue así como conoció a Pedro Vivanco Rebolledo.

Pedro

Pedro era presidente de la comunidad de Trapa Trapa en el tiempo de la recuperación de tierras en Cochico. El padre Óscar estaba de acuerdo con que las tierras volvieran a manos pehuenche. “Yo creo que la tierra en general es de los indígenas. No me explico como Víctor Hugo Vázquez pudo haberse hecho dueño de un territorio como ese”, recuerda Óscar.

Si bien Óscar y Pedro no eran tan amigos, se visitaban por intereses y respeto mutuo. Esto se acentuó cuando Pedro fue condenado a cárcel por

robo en lugar habitado en el marco de una acción de recuperación de terrenos que pertenecían a la familia Ruiz. En la oportunidad también fue condenado el *lonko* de la comunidad de Trapa Trapa, Roberto Carlos Manquepi.

El *lonko* aceptó el castigo impuesto por la ley chilena mientras que Pedro decidió declararse en rebeldía y preparar su fuga del país. Ambos ya habían estado en la cárcel, pero Pedro no quiso pasar por eso de nuevo.

Casi tres años antes de la condena, el hermano de Pedro, Alejandro, había participado de una jornada de discusión realizada por la red de Pastoral Indígena Sur. Muchas de las conversaciones que ocurrían allí tenían que ver con el derecho indígena y su relación con la tierra. Alejandro conoció al cura Fernando Leonfanti, de Neuquén, Argentina, e hicieron amistad.

Después del delito de Pedro, poco antes de la condena, Alejandro se puso en contacto con el padre Fernando y con una abogada que tenía el obispado de Neuquén, Valeria Neculquén Cuntruleo. Ellos les abren las puertas a Pedro y su familia al otro lado de la cordillera.

El padre Óscar quedó designado como el intermediario entre Argentina y Chile. Para avisarle a Pedro que su opción de huir era posible le entregó una

carta. El cura subió a la montaña profunda tomando todas las precauciones, su misión era vital y secreta. Cuando Pedro recibió la carta y la información necesaria, su viaje quedó resuelto. Se marchó a Argentina y al año lo siguió su esposa e hijos.

Pedro lleva una buena vida allá, armó su casa y encontró trabajo como cocinero. Partió de allegado en la casa de un cura que vivía en una población periférica de Neuquén, una toma, después de todo, allá también es *Wallmapu*.

El padre Óscar cree que Pedro hizo bien en escapar, que su acción es reprochable en cuanto violenta, más sus justificaciones son justas. “No estoy de acuerdo con el estigma de terrorista ni con que los mapuches son violentos. Han habido actos violentos que tienen su justificación, lo que habría que revisar son las raíces de esa violencia. Cualquier grupo social actuaría así en su caso”, señala Óscar.

Esta actitud colaboracionista y de involucramiento social, no siempre se entendió bien en las comunidades. El padre se vió involucrado en varias situaciones complicadas, familias que le pedían ser juez en acusaciones de robo de ganado, que resolviera disputas domésticas y otros asuntos.

Pero en una oportunidad se vio envuelto en un problema que hasta hoy lo persigue y le deja una mueca triste en el rostro cada vez que lo recuerda.

Judas

Esta vez la pelea por tierras es entre hermanos, entre pehuenche. La comunidad de Malla Malla y de Cauñiquí disputan un sector que ambos *lob* reclaman como propio. El origen del conflicto está, nuevamente, en unas tierras que estaban a nombre de una persona chilena que nunca había vivido ahí, pero un papel indicaba que era dueño de esos parajes que habían acogido a generaciones de pehuenche.

La historia es conocida. Cuando a mediados del siglo XIX comenzó ese genocidio sistemático y coordinado por dos naciones, Chile y Argentina, que eufemísticamente se enseña como “pacificación”, el Estado chileno decidió en 1852 la incorporación de los territorios pehuenche, a la naciente provincia de Arauco. Esto significó que todo Alto Biobío, es decir, los valles del Queuco, Trapa y Antuco, quedaron como territorio indígena y de colonización, perteneciente a los departamentos de Nacimiento, Mulchén y de La Laja, teniendo como capital Los Ángeles.

Las notarías de estas ciudades hirvieron de actividades fraudulentas relacionadas a la compra de “acciones y derechos” sobre el territorio indígena. Se compró extensos terrenos pehuenche a precios irrisorios, esas propiedades pasaron de mano en mano en un caos de notarios y firmas falsas. Llega a ser gracioso que hay varios dueños chilenos reclamando también los territorios pehuenche.

El gobierno, para descongestionar los ánimos del sector, se propuso comprar terrenos y retornarlos a los pehuenche. Hizo promesas a diestra y siniestra. Autoridades locales hicieron eco de estas promesas y se las contaron a sus *peñi*. El gobierno compró un poco de tierras, y efectivamente las repartió, pero fueron escasas y había generado expectativas en demasiada gente. La envidia y las confusiones reinaron entre aquellos que no fueron beneficiados.

Es por eso que la comunidad de Malla Malla, ubicada a orillas del río Queuco, un poco más alto en la cordillera que la comunidad de Cauñiqú, reclamaba terrenos que esta última decía eran suyos.

El nivel de violencia subió bastante. Eran tiempos difíciles, familias que por años fueron amigas se pelearon a muerte. Grupos de mocetones hacían

incursiones para hostilizar a la comunidad vecina. Incluso uno de estos enfrentamientos terminó con una familia mallina atacada por un grupo enorme de cauñicanos donde tres personas fueron asesinadas en el proceso. Los odios estaban declarados.

Óscar visitaba muchos hogares en su peregrinaje de conocimiento y en ellos le contaron lo que sucedía, en otro le ofrecían la tortilla y el mate, pero no compartían sus secretos. El padre intentaba mediar, les pedía que optaran por el diálogo. “No pueden pelearse entre ustedes, son pehuenche, *peñi*. No pueden pelear por un pedazo de tierra, matarse entre ustedes”, les decía Óscar.

Una mañana llegó a oídos de Óscar que dos grupos se iban a enfrentar a muerte. Arribó al escenario del conflicto a las cinco de la mañana para calmar los ánimos de los mayinos y cauñicanos.

“Llegamos de madrugada con Samuel para calmar los ánimos. Fuimos a hablar con Segundo Suarez de Malla Malla y con Patricio Maripil de Cauñicú. Les dije “cómo van a estar peleando entre ustedes si se criaron juntos, tiene las mismas condiciones económicas y pelean por un pedazo de tierra, este es un enfrentamiento que solo queda entre ustedes y pierden

todos, traten de pensar mejor cómo solucionarlo sin llegar a enfrentarnos”. Ese era nuestro discurso.”, recuerda Óscar.

Gracias a esta acción oportuna, se evitó una nueva matanza. El cura siguió su viaje y se encontró con un grupo de mallinos armados con hachas, horquetas, cuchillos, palos y piedras. Iban a reforzar al contingente anterior. La cosa iba en serio.

El sacerdote los invitó a conversar y en eso estaba cuando un grupo de policías de fuerzas especiales llegó golpeando a todo el mundo. Bastó esto para que el cura fuera asociado a la causa de Cauñicú en desmedro de la de Malla Malla.

Tiempo después, la camioneta en la que se desplazaba fue rayada con las palabras “cura traidor”. El padre Óscar trató de poner los hechos en contexto y un par de veces lo logró, sin embargo, se le nota la pena cuando relata esta historia. Sus ojos se ven más cansados y su sonrisa menos amplia.

El tiempo ha pasado y el camino recorrido es largo. Óscar tiene el pelo con más canas y las arrugas de sus ojos achinados están más profundas. El Alto BíoBío lo ha cambiado y le gusta lo aprendido.

Para el padre en todas las culturas de alguna u otra forma, está presente Dios. Por eso mismo cuando hace quince años atrás llegó al Alto BíoBío, decidió despojarse de todo lo que él conocía, de toda su teoría y teología para centrarse y caminar hacia lo que ellos, los pehuenche, tenían. “Había que eliminar la capa católica y empezar a conocer al otro, entrar en diálogo sin imponer lo nuestro. Tener al otro así al desnudo, mostraba su forma de relación con Dios, su germen de Dios en el corazón de las personas”, cuenta Óscar.

Para el cura la religión pehuenche y la católica tienen un elemento fundamental en común, las dos entienden a Dios como familia, un Dios que no vive solo. En la cultura pehuenche el Dios es cuaternario: el huenuchao, huenuquisén, los dos ancianos, guenuulcha, guenuulché, los jóvenes; mientras que la religión católica funciona de a tres, el padre, hijo y espíritu santo. “Que sean tres o cuatro es un detalle, pero te habla de un Dios que no vive sólo. Un Dios que es comunidad, que plasma además esa forma de ser en sus criaturas y es para todos. Se abre. Es un dios abierto a todos. Con apertura de corazón”, admite Óscar.

Para él, su trabajo era entregar el mensaje cristiano, ensamblarse con la cultura y con respeto, entroncarse en la vida de las personas. “No hubo choques diría yo. Entregamos ciertos criterios que tratamos de no ser moralistas ni fariseos, ver qué nos propone el señor Jesús en instancias concretas en la vida. Tratábamos de ser respetuosos con los códigos culturales y éticos de la gente pehuenche, que tiene una ética milenaria”, recuerda el cura.

Lo cierto es que el cura no sabe si se quedará en Ralko mucho tiempo más. Lleva quince años siendo un actor importante en la vida social de su gente, pero cree que un cambio siempre es bueno. Después de todo lo comido y lo bailado tiene claro que su línea de trabajo seguirán siendo los pueblos indígenas.

“Es que tenemos en común la tierra... la tierra y Dios nos hermanan”, dice.

Lonko

Para sorpresa de algunos y escepticismo de todos los presentes, el lunes 8 de septiembre de 2014 se realizó la primera parte de la Consulta Indígena ordenada por la Presidenta, una de las medidas destinadas al cumplimiento del acuerdo 169 de la OIT, aprobado por el Congreso Nacional el 15 de septiembre de 2009.

La sala, que era en realidad el restaurante La Montaña, estaba llena de *lonkos*, *ñañas* y miembros de las comunidades con los ojos abiertos y las orejas paradas para escuchar a los chilenos que se paraban en frente.

El tema era la creación del Ministerio Indígena. La presentación incluía un largo powerpoint, con mucho texto y pocas imágenes; y un canapé con sopaipillas caseras y ají.

En ese contexto encontramos a Carmelo Levi, *lonko* de la comunidad de QuepucaRalko. Rodeado de personas, era uno de los pocos que seguía la presentación tomando apuntes en una hoja.

Carmelo siempre se ha preocupado por su comunidad. Lleva más de 30 años siendo *lonko* y no desaprovecha oportunidad para defenderla y cuidarla. Por eso estaba en Ralko ese día, y por eso aceptó nuestra petición de entrevistarlo.

El camino desde Ralko a QuepucaRalko está lleno de curvas que bordean el río BíoBío. Para cualquier afuerino, especialmente los de Santiago, todo el paisaje es casi fantástico, tomado de las películas o de maravillosas obras de arte.

Su casa no fue fácil de encontrar, pero ser *lonko* trae la ventaja de ser conocido. Después de subir y bajar un par de montañas, uno de los vecinos nos indicó la dirección correcta a la casa de la familia Levi.

Carmelo estaba ansioso por hablar y contar su historia.

Lleva 60 años viviendo en QuepucaRalko, frase que repite varias veces durante la entrevista. Quiso dejar en claro que nunca había abandonado su tierra. Muchas veces tuvo que dejarla momentáneamente, el trabajo no siempre lo acompañaba y debía salir a buscarlo. Sin embargo, siempre volvió.

La voz baja y pausada de Carmelo da la impresión de que hablara con nostalgia. Son pocos los momentos en que sube la voz, pero cuando lo hace, es para recalcar sus emociones.

“Empezar a trabajar era una forma de vida bastante sufrida. Claro que había libertad, mucha libertad, pero también muy sufrida, muchas necesidades. No había ni siquiera colegio, yo nunca fui a la escuela”.

Carmelo se crió trabajando. Desde chico cuidaba animales, hacía tareas del hogar, lo que le permitiera moverse y contribuir en su casa. En algún momento de sequía laboral, se vio obligado a viajar a Argentina para desempeñarse como temporero en las cosechas de remolachas.

A los 18 años se percató de una realidad distinta. Veía que algunas personas hablaban con el papel. Se dio cuenta que otros sabían leer y él no. El trabajo nunca le permitió estudiar, sin embargo, estaba decidido a aprender.

Una tía supo de su interés y le regaló “El Ojo”, un libro con contenido de primero a tercero medio, llamado así por el dibujo que tenía en su portada. Se lo entregó y le pidió que fuera a ver a Bradinocio Enrique Gonzales, un profesor que enseñaba a los niños de RalkoLepoy.

Ralko Lepoy no tenía escuela pero Bradinocio era conocido por ser un profesor deambulante, “donde pillaba lugar como para hacer clases, lo hacía y enseñaba”, recuerda Carmelo.

Después de que Carmelo aprendió a hacer hablar las letras, su sed por el conocimiento sólo se potenció. El siguiente paso era aprender a escribir.

Si bien tenía más de 18 años y era a todas luces un adulto, su emoción y deseo por aprender a escribir se manifestaban como el de un niño. Bajó al pueblo de Santa Bárbara, un viaje que significaba por lo menos dos días a caballo, a comprar cuadernos y lápices. “En vez de comprar un lápiz grafito, compré un lápiz pasta. Hacía la tarea y la echaba a perder”.

Carmelo generó un deseo por “ser más”. Veía a su pueblo sometido en una pobreza y en sus ojos, una ignorancia que él detestaba. Nunca entendió por qué los chilenos no hablaban *chedungún*, ni sabían nada sobre su pueblo. Ser mapuche era algo de lo que él se sentía orgulloso, pero no podían vivir solos, aislados. Allí decidió que él y su descendencia serían “alguien en la vida”.

Caminos entre Araucarias

A mediados de los años 60, Dionisio Gonzales, un empresario afuerino, llegó a construir un aserradero en el valle precordillerano, rodeado de las montañas, justo bajo las comunidades. “Maderas Ralco S.A” creó muchas oportunidades de trabajo. Algunos vinieron del pueblo, o de algún lugar de Chile, pero también, ayudó a muchos pehuenches que lo necesitaban- a cambio de sus araucarias y terrenos. Para varios, fue la oportunidad que necesitaban para dejar de buscar afuera, y poder quedarse en sus tierras, pero a un gran costo.

Así fue como se creó el pueblo de Ralko.

Carmelo recuerda con tristeza la llegada del aserradero. Si bien le dio trabajo, nunca le gustó que sacaran toda la madera de su Alto Bío Bío. Sus ojos recuerdan con nostalgia esos árboles milenarios que fueron talados, sus araucarias. “Sacaron los pinos, la mejor madera se la llevaron toda, siempre sacándonos los recursos. Se los llevaron todos. Ese dolor lo voy a seguir sintiendo siempre”, rememora con tristeza.

La deforestación que hacía “Maderas Ralco S.A” fue enorme y necesitaba que sus camiones llegaran aún más arriba en la cordillera, por lo que comenzó a construir caminos, un supuesto beneficio para ambos lados.

Los caminos pasaban por detrás de la Blanca; volcán ubicado en plena cordillera de los Andes a tres mil metros sobre el nivel del mar, en lo más alto del Alto BíoBío, y llamado así por los chilenos porque todo el año está nevado. Luego, bajaban serpenteando hasta el delta que se forma entre el río BíoBío y el Queuco, donde nace la comuna, para unirse a la ruta principal que lleva Santa Bárbara.

En ese momento de la entrevista Carmelo sube la voz. Se indigna nuevamente al pensar el poco respeto que hubo hacia sus recursos y su tierra. Se lamenta al pensar que muchos pehuenches participaron de la construcción del camino.

Dionisio se los compró con algunas migajas, para poder pasar por sus tierras sin ningún problema. “A algunas personas, no a toda la comunidad, les dieron una pulpería, harina y cosas comestibles. Cosas para que trabajaran, pero migajas”.

Muchas tierras fueron expropiadas, quitadas a los pehuenches a cambio de una firma y como dice Carmelo, migajas. La mayoría de ellas fueron devueltas en la reforma agraria de Jorge Alessandri. Todas salvo las que formaban el Fundo Ralko, territorio de QuepucaRalko y RalkoLepoy que perteneció a Dionisio Gonzales hasta que en 1972 fue declarado Parque Nacional. Hoy, los chilenos todos somos dueños de esas tierras.

Carmelo recuerda esos momentos como el primer gran engaño hacia su pueblo. Como *lonko*, ha sido bien crítico de la relación *winka-pehuenche*. “El pehuenche, la gente indígena, es siempre fácil de engañar. Es fácil para atraerlos con engaños. Les falta inteligencia. Les falta educación. Les falta sabiduría de estudio. Somos llevados por la ignorancia, porque no sabemos”, afirma con vergüenza.

Engaño número dos

Para una parte de la comunidad de QuepucaRalko, Carmelo Levi es un traidor. Para la otra, el *lonko* hizo lo que tuvo que hacer.

Endesa llegó a Alto Bío Bío mucho antes de que se construyeran la centrales hidroeléctricas Pangué y Ralko. Tenían que evaluar el territorio y sumar a líderes de la comunidad a su causa. Uno de ellos fue Carmelo.

Carmelo fue un actor fundamental para la construcción de la represa. Él, como *lonko*, fue uno de los pocos que no se opuso, y que se sumó a las conversaciones con ellos para obtener algunos beneficios. Él abogó por las represas porque sinceramente creía que los sacarían a ellos de la pobreza, “por ese interés de que hubiesen buenos caminos, buena comunicación y electricidad. Nosotros teníamos que vivir bien. No podemos seguir viviendo en una miseria como antes”.

El *lonko* junto a los dirigentes de Callaqui y Pitiril, asistieron a varias de las reuniones sentándose en la mesa con Endesa para participar activamente de lo que pasaría con sus tierras.

En esas conversaciones es donde nace la idea de crear la Fundación Pehuén, una entidad sin fines de lucro que tenía por objetivo mitigar el impacto

cultural que generarían las represas y ayudar a mejorar la calidad de vida de absolutamente todos los que se viesen afectados: Callaqui, Pitril, QuepucaRalko y RalkoLepoy.

Carmelo dice que intentó ayudar a su comunidad, pero que ante la oferta de Endesa, “cada cual agarró sus huevitos y los cambió”. Aquellos que decidieron permutar tierras y fueron relocalizados debieron formar dos nuevas comunidades: El Barco y AyllínMapu. Esas dos comunidades se suman a las otras 4 que son beneficiadas por la fundación.

Hoy se da cuenta que lo que dejó Endesa sirvió, pero no fue suficiente. Sus *peñis* de El Barco y AyllínMapu están en paupérrimas condiciones, algunos no tienen ni agua.

Ahora mira en retrospectiva su actuar. No se arrepiente, pero sin duda ve las cosas de manera diferente. “Ellos sabían que iban a cosechar, multiplicar cuantas veces sus ganancias. Para que migraran los pehuenches les dijeron que construirían algo mejor. No lo hicieron. Siempre con el engaño”.

Durante la entrevista intenta hacer un análisis más profundo y cree que el verdadero culpable del engaño al cual fueron sometidos por Endesa fueron los activistas.

Mientras se construían las represas, Alto BíoBío se llenó de chilenos que viajaban a manifestar su apoyo a las comunidades, pero por sobre todo, a ayudarlos a resistir en la causa “de moda”, según el *lonko*.

Para el *lonko* esos “ecologistas” (dice la palabra masticando las letras con ironía) los intentaron convencer de que podían resistirse a la construcción de las represas, y esa esperanza hizo que no aprovecharan mejor la instancia para negociar, y que perdieran tiempo.

Carmelo es un hombre que pocas veces alza la voz pero en ese momento no solo la subió, sino que incluyó un golpe en la mesa. “No pudimos unirnos porque llegaba gente con ideas de otros lados. Ecologistas diciendo que esto no es bueno, que hay que pararlos. Ellos nunca nos dijeron que esta es una empresa de sabios. Ellos estudian para eso. Ningún país, por sus necesidades, va a permitir que se paralicen las cosas que le hacen bien. Pero ellos nunca nos dijeron que era imposible parar las represas, pero háganlo de esta manera: únanse, cóbrenle, sean parte de la empresa para que sigan ganando por siempre, para que sigan teniendo recursos. Nunca nos dijeron eso”.

Hoy recién Carmelo se da cuenta que peleaban contra un monstruo, el monstruo del dinero como lo llama él.

Endesa prometió el 0,3% de las utilidades de Pangué a la Fundación Pehuén y mantuvo una ayuda asistencial por 10 años. Carmelo saca en limpio eso. Antes nadie les dejó nada, les sacaron la madera y se fueron. Por lo menos esta vez, algo había quedado.

Lonko

Carmelo Levi lleva más de 30 años siendo *lonko* de la comunidad de QuepucaRalko. Fue elegido por votación democrática, llevándose casi la totalidad de los votos.

La entrevista ocurre en el living de su casa. A nuestras espaldas unas ventanas gigantes permiten que la sala se ilumine por el sol. En ese momento Carmelo se para y saca uno de los cuadros de la pared.

La fotografía lo muestra a él, joven, junto a 6 otros líderes importantes de la comunidad, por ejemplo Ariel Hernández, sostenedor de la escuela de QuepucaRalko. Se emociona cuando recuerda esos tiempos. “Cuando yo

recién entré aquí, dominaba toda la comunidad de QuepucaRalko. Eran más de 300 familias. Cuando yo hacía una reunión, se reunía toda la gente”.

La gran inspiración de Carmelo fue el entonces alcalde de Santa Bárbara, René Correa. Un agricultor que fue designado como regidor de la comuna durante el período de dictadura militar. Correa es uno de los alcaldes que más ha durado en su cargo, puesto que estuvo lo que duró la dictadura, 17 años.

Carmelo quería mucho a René Correa, “él fue quien llamó a votación. Era muy buena persona. Quería que nos fuese bien, que trabajáramos”.

Una vez que Carmelo fue elegido como *lonko* se hizo mucho más cercano al alcalde Correa. De hecho, se hicieron amigos. “Él me decía: Carmelo, tienes que ser un hombre derecho, nunca digas falsedades. El hombre que dice la verdad no le entra cosas por ningún lado. La mentira siempre se pilla”.

Al hablar de Correa inevitablemente aparecen en la conversación los tópicos de la dictadura y los derechos humanos. Carmelo hace hincapié en lo correcto que fue con ellos el alcalde, que los ayudó a salir adelante y

encontrar dignidad en sus vidas. Sin embargo, se lamenta mucho al pensar en el contexto en que eso ocurrió.

Según el *Lonko*, en Alto Bío Bío no se vivió la dictadura militar de la misma manera que en el resto de Chile. Ellos no vieron la misma cantidad de muertos ni de represión. Sin embargo, es bien sabido en las diferentes comunidades, y así consta en documentos, que cuatro dirigentes fueron arrestados el 12 de septiembre de 1973, desconociéndose su paradero hasta la fecha. Sus nombres son José Guillermo Purrán Treca, dirigente del *lob* Callaqui, Juan de Dios Rubio Llancao y su hermano Julio Alberto Rubio Llancao, de la comunidad de Cauñicú; y José María Tranamil Pereira, cacique de la comunidad de Trapa-Trapa. Otros los siguieron después.

Para Carmelo, en Alto Bío Bío vivieron un régimen asistencialista que se preocupó de darles trabajo. En cambio, afirma que en la época de Allende había mucho desorden, “yo no entendí nunca lo que sucedía en el país Chile. Después que se destapó la olla, se supo la verdad”.

Para el *lonko*, René Correa ayudó mucho más a su pueblo que la Conadi u otras de las instituciones creadas en democracia.

Carmelo mira con cierto recelo la efectividad de esas instituciones puesto que han venido a chilenizar su forma de organización, transformándola en algo que no es propio de ellos. “Entonces, por esta causa, van invalidando a los verdaderos líderes, que fueron desde siempre: los caciques y los *lonkos* de las comunidades. Esto se fue perdiendo por la creación de estas organizaciones. Se le faltó el respeto al *lonko*”.

Los engaños y frustraciones que ha sufrido han hecho de él un hombre determinado por mejorar la situación de su pueblo. No cree que para ser *pehuenche* se tenga que vivir en una *ruka*, tener un fogón ni carecer de derechos básicos. Para él lo más importante es su lengua, el idioma. Lo demás, son costumbres que tuvieron sentido en algún pasado y que los mantienen estancados y alejados del progreso.

“Tener cosas mejores no influye en la pérdida de la cultura. La verdadera cultura es nuestra lengua. Las otras cosas son costumbre. Se puede perder la costumbre de estar en un fogón, eso se pierde. Eso no influye para nada”, afirma distanciándose de otros líderes comunitarios.

Ya no se siente el mismo *lonko* de antes. Su comunidad ya no lo necesita de la misma manera, sin embargo, Carmelo Levi tiene grandes esperanzas para

el pueblo pehuenche. Las mismas que tenía para sus hijas, que hoy lo enorgullecen. Todas han estudiado y trabajan como profesionales.

Al terminar la entrevista, Carmelo pide decir un mensaje, sus ojos reflejan determinación. Hoy reconoce errores, pero afirma que actuaría de forma parecida, aunque de manera más sabia, sin dejar pasar las oportunidades.

“La cultura tiene que ir de la mano con la información de nosotros. Llevar mi cultura y mi costumbre acompañada de eso. Hoy día la gente tiene que insertarse en esto. Tienen que haber programas en los canales, espacios para eso. Desde ahí que se transmitan cosas culturales e indígenas. Se necesita un despertar de mucha gente.

Las cosas no se mueven solamente con plata. Tiene que haber un interés de las empresas y de los Gobiernos. En Chile todo depende del Gobierno. Si el Gobierno le da un espacio a la gente originaria para que tengan un espacio en los canales, una hora, para que conozcan los valores que hay ahí, sería lo más importante.

Hay que nivelar a la gente. Si como gente indígena seguimos negativamente, siempre vamos a estar en el piso de una cultura española como son ustedes. Están encima de nosotros, tecnología. Y nosotros

siempre estamos abajo en el piso, discriminados totalmente. Somos originarios, pero tenemos cerebros igual que ustedes”.

Se termina la entrevista dentro de su casa y nos invita a su taller de artesanías. Tiene un pequeño torno donde moldea platos y fuentes de madera, *ralis* de pellín, roble, avellano y otros árboles nobles. Se siente muy orgulloso de su trabajo y no le falta razón, son todos muy hermosos.

Nos pregunta con tono imperativo si le vamos a comprar alguno, como si fuese lo que corresponde. Respondemos que sí, que por supuesto. Elegimos uno, ovalado, de mañío, con vetas bellísimas. Nos cobra el doble de lo que piden otros artesanos y nos vamos. La montaña luce estremecedora al atardecer, guardamos silencio todo el camino de vuelta y dejamos que el carraspeo del motor de la motocicleta interprete nuestros pensamientos.

¿Qué entendemos del otro?

Kiñe

Siete niños pehuenche conversan en *chedungiin*, el idioma del *puelmapu*.

Trinan en silencio, en *cahuín* continuo. A pesar de que sus celadores no entienden las palabras, se cuidan de los oídos extraños. Ninguna precaución es suficiente. La lección está aprendida.

Ya los han atrapado antes. La primera vez los trajeron con promesas dulces desde sus comunidades en lo alto de la montaña, hasta el internado de Santa Bárbara. Apenas tenían entre siete y diez años, algunos menos.

A sus padres, todos *lonkos*, los convencieron de que era necesario enviarlos a Chile a estudiar las letras y las operaciones básicas, las costumbres y la religión, para educarse, por el futuro, por el bien del *lob*. El Obispo y el Gobernador Militar de la época, aderezaron esas promesas con autoridad y sonrisas.

Cuando llegaron, les cortaron las largas cabelleras y quemaron sus ropas de montaña, que olían a humo de *hualle* y a lluvia. La mayoría no sabía hablar

una pizca de español y estaban aterrados. Muchos se orinaban en sus camas durante las noches por temores ocultos que se manifiestan en los *pewmas*, los sueños. Otros no probaban bocado porque el hambre se les había quedado olvidada en el fogón, junto a la abuela y al mate.

La segunda vez habían caminado 15 kilómetros en la oscuridad cuando la patrulla de carabineros los encontró en el camino. Intentaron esconderse y huir, pero las planicies de Santa Bárbara no eran sus terrenos escarpados en donde podían esconderse. Además, estaban sin sus caballos. Se dice que los pehuenche del Alto Bío Bío aprenden a galopar antes que a caminar. Con ellos, otra habría sido la historia.

En esta oportunidad no serían tan incautos.

Las monjas tomaron como precaución amarrar a algunos a sus camas durante las noches para evitar nuevas fugas, así que ellos esperaron el tiempo suficiente para que las religiosas creyeran que los deseos de escape se habían esfumado.

Alguien mencionó una fecha y los preparativos se aceleraron.

José María era muy regalón de su padre, el *lonko* de Butalelbún, pero se pasaba la mayor parte del tiempo con sus abuelos, sobre todo con su abuela,

Luisa Huentemán, quien era machi. Ella practicaba su labor de forma oculta porque los religiosos decían que las *machi* eran brujas que se comían a las guaguas.

Fue José María quien propuso guardar una parte de la comida que les daban para que les sirviera de provisiones en la próxima y definitiva huida. El volcán Kallaki se ve desde lejos y hacia allá encaminarían los pasos.

Su abuelo, Manuel Canío, le había advertido de la ira de los chilenos, “ellos le ponen un asador en el potó a los mapuche y se lo sacan por la boca, usted nunca los mire a los ojos porque le puede pasar eso”. Sus compañeros de clases los trataban de indios feos y hediondos, no querían sentarse con ellos, por eso la profesora los tenía en las primeras filas, para protegerlos de las burlas.

¿Qué razones podrían tener siete pequeños pehuenche para quedarse en un lugar amenazante? Ahí solo eran hierbas arrancadas y sopladas a un viento diferente y desconocido.

El plan era simple, reunir *rokín* para aguantar varios días, ponerse la ropa abrigada para las noches frías y esperar escondidos, muy calladitos y en

silencio, debajo del piso del internado, a que las monjas y los carabineros se olvidaran de ellos y así poder escapar.

Acomodaron sus provisiones, amoldaron sus cuerpos al reducido espacio y sembraron sus esperanzas en la tierra sucia e infértil de los cimientos de ese internado.

Aquellos que eran choroy con labios aleteantes de risas, se transformaron en gorriones asustados. Esos que galopaban soberbios entre los valles andinos, hoy se arrastran bajo el piso. El vapor de agua se condensa en los morenos rostros de la bandada rota. Inhalar, exhalar, despacio, en silencio, controlando el *kultrún* desbocado que arde en el pecho. Inhalar, exhalar, detenidos el tiempo y la vida.

Tres días y tres noches aguantaron. Sentían las pisadas arriba y se encogían en su escondite. Los buscaron sin descanso, enviaron partidas de carabineros y funcionarios varios, pero nadie escarbó en los cimientos del viejo edificio. Siete brotes de colihue sonreían en la oscuridad.

Al tercer día tuvieron que salir. No fue el hambre ni el frío, eso lo aguantaron callados. No fue la incomodidad del duro suelo ni la oscuridad, aquello no importaba demasiado. Solo el pudor de hacer sus necesidades en

frente de los demás los obligó a abandonar su escondite y su plan. Siete brotes de colihue se doblaron al viento, pero mantuvieron sus raíces firmes, allá, en el cerro.

Tiempo después, dos de estos pequeños, ya adultos, se suicidarán lejos del Alto BíoBío.

José María recordará esta etapa triste de su vida y en 40 años más, mientras mira un video de su hijo, dirá que “las penas se heredan, y eso también explica muchas cosas”.

Epu

¡No, no...comenzaron al revés!

¿Cómo van a hablar de lo mapuche si no han vivido lo mapuche? Así será otro relato desde afuera, como expertos santiaguinos.

Deben escuchar los ríos, descubrir su azul interno, descubrir cómo suenan sus ríos, los propios, los de adentro. Esos que les transmitieron sus mamás cuando los amamantaban en sus *cholluñ*, en sus nacimientos. Eso es lo que hay que descubrir.

Por eso nosotros somos mapuche, escuchamos nuestros ríos. Ese es nuestro ser mapuche, nuestra plataforma de vida. Por eso defendemos a la tierra. Por eso nos enojamos mucho que se hagan consultas indígenas, pero sin mencionar el derecho fundamental de la tierra.

En el derecho constitucional chileno aparece solamente el derecho de las personas. No aparecen los derechos de los pájaros, de los insectos. En Bolivia sí, porque la mayor parte de la población ahí es indígena. Nosotros no somos ajenos a eso, a la tierra.

La oficina está tibia y luminosa. Los muros pintados de blanco, como todo el resto del Hospital de Santa Bárbara, reflejan un sol enérgico que se cuele entre las nubes de septiembre. La primavera grita luz y renuevo.

Dice José María Pereira - Facilitador Cultural - en la puerta y hemos venido a hablar con él de la elevada tasa de suicidios en el Alto BíoBío, puesto que no solo trabaja en el sistema desde salud hace mucho tiempo y es un reconocido *quimche* de su comunidad, además, su hijo decidió escalar hace unos años al *wenumapu*, la tierra de arriba, lanzando una cuerda atada a su cuello.

José María usa el cabello largo y recogido en una trenza. Hebras de plata surcan el azabache, negro profundo sobre blanco brillante, como una montaña nevada en la noche. Su cara refleja tranquilidad, excepto cuando fija la mirada en los ojos de alguien o cuando se le pierde en el horizonte; determinación y pena bailan en sus pupilas.

Es una época complicada para él, en esta misma estación su hijo Humberto, el de al medio, se suicidó en la zona central de Chile, donde había ido a trabajar de temporero después de abandonar el liceo Intercultural Bilingüe de Alto BíoBío..

Entre el 2006 y 2007 hubo un notorio aumento en el número de suicidios en la zona. Según el estudio “Suicidios e intentos de suicidios en Alto BíoBío”, del psicólogo Álvaro Basualto y el médico cirujano Nelsón Insulza, ambos ex trabajadores del CesfamRalko, la mayoría sucedieron en primavera, con 9 casos.

En ese periodo ocurrieron 22 intentos de suicidios, siete personas tuvieron éxito, una de ellas fue el hijo de José María.

De los múltiples cajones de su escritorio gastado, saca un trompe y comienza a arrebatarle sonidos metálicos. La melodía habla sobre ríos que

pasan y llegan al mar, y de cómo el viento suena diferente entre las ramas de los ñirres y de los pehuén.

A ustedes este sonido no les hace efecto, pero si descubrieran su azul, podrían escribir desde la vivencia, con honestidad.

José María, el *quimche* mapuche, golpea la mesa una, bum, dos, bum, tres bum. Repite la acción varias veces y reconocemos el ritmo clásico del *kultrún* pehuenche, ese que suena como un corazón calmado que de a poco se va exaltando. Pum, cístole, pum, diástole, pum pum, pum pum. El latido cesa.

Urga nuevamente entre sus cajones y entre sus recuerdos, el sonido de un corazón detenido hace mucho vuelve a crepitar en el computador del quimche. Se llama Humberto, su nombre secreto, su *chegüüy*, es Kurrüman. Tenía 16 años, se mató el 2006 y era mi hijito.

Küla

El niño mapuche, desde los cero hasta los ocho años, está en estado de trance. Al momento de ponerlo en un jardín infantil le cortaste el trance a ese niño. Ese niño en segundo básico no va a aprender y no va a querer estudiar. Si quisiéramos ir en contra del suicidio hay que llegar un consenso, a *unngutram*, a una conversa. Se deben juntar los profesores y analizar por qué los niños no quieren ir a la escuela, por qué los niños toman en la escuela. Es para que los echen una semana, quince días y quedarse en su comunidad. Esa es la finalidad.

Una voz de mujer se escucha en el fondo desde el computador de José María: “Un grupo de jóvenes provenientes de la distintas comunas de las regiones regiones octava, décima y metropolitana, todos chilenos, algunos pertenecientes a la etnia mapuche, viviendo de distinta manera los rasgos de su cultura...”.

“El primer liceo en Alto BíoBío no fue, no fue... no nos consultaron cómo lo queríamos. Lo hizo Endesa. Y Endesa lo hizo para que los niños salgan más débiles de su cultura. Y cumplió su objetivo, y lo está cumpliendo. Los jóvenes hoy en día no quieren ser mapuche”.

La voz de la mujer vuelve a escucharse con el tono estudiado de aquellos acostumbrados a los discursos: “Se unen por primera vez en Santiago para decir cómo se ven unos a otros y qué los hace diferentes. En esta ocasión nos interesa promover el diálogo entre diferentes eeee, culturas, luchar contra el racismo, combatir la discriminación... Nos interesa llegar al bicentenario con una concepción distinta de lo que nuestro país, durante mucho tiempo nos autoconcebimos como una nación monocultural. Por eso nuestra invitación a que discutan sobre este material dialoguen reflexiones junto a sus familias y profesores”...

Él reclamaba que la educación fuera diferente. El Humberto siempre reclamó eso. Pero no fue escuchado y se aburrió el *peñi*. Y se fue lejos, lejos... no sé si para llamar la atención a todo Alto BíoBío, a todo Chile, no sé. Esa es una respuesta que la tiene solo él, pero algún día lo vamos a conversar.

La voz de Humberto, el hijo que se fue, susurra a la distancia: “Les voy a hacer una pregunta y quiero que los no pehuenche me las contesten: ¿che mu chiva chaltuchel tucu lawelaw?”

He visto este documental 200, 300 veces. Ese era mi hijo. Cuando supe me hirieron millones y millones de puntas en mi *piuke*, mi corazón.

Los ojos de José María se inundan de lágrimas, mientras la música mapuche del documental sigue sonando de fondo.

Una voz de mujer joven pregunta al grupo: “¿Cuáles son sus razones, sus fundamentos para pedir esto, su autonomía, pueblo, nación, no sé, expliquen un poco más”. Humberto, quien usa un *trarilonko* donde dice Lifko, el nombre de su hermano pequeño, le responde: “Muy buena la pregunta, nosotros, como pueblo, éramos autónomos, ¿por qué no podemos serlo ahora?, Queremos empezar desde la raíz , no desde el tronco, queremos tener un equilibrio con el pueblo no pehuenche.

Yo creo que mi hijo se aburrió de que no lo escucharan, de que no hicieran una malla que lo aproxime a su identidad cultural, se aburrió y se fue. Yo creo que esa es la lectura que hay que tener. Mi señora está bien, hemos conversado el porqué de las cosas, hemos llegado a un consenso. Nunca vamos a recuperar esa...- la voz de José María vuelve a flaquear-, pero sí estamos claros de por qué decidió hacer eso: es una lucha, nos invitó a nosotros a luchar, a sus hermanos a luchar y lo estamos haciendo de

distintas formas. Estando contentos por nuestros hijos porque las penas también se heredan, y eso explica muchas cosas”.

Y sigue: “He soñado con mi hijo muchas veces. Hace como cuatro o cinco años atrás, él no me daba la cara, me tenía vergüenza, siempre la espalda, conversábamos, pero de espaldas. Hace como dos años y tanto comenzó a darme la cara, conversamos, un día nos abrazamos y yo llamaba a mi señora y ahí llegaba a la casa y yo lo veía más gordo, más grande, más maduro y le decía “puchas que has crecido, oye”. Y lo abrazaba, luego él se fue por el mismo camino por el que había llegado. Y a mí que me dolió porque se fue y pensaba “por qué se habrá ido, por qué se quedó tan poco rato”, pero yo he soñado varias veces con él y he logrado entender por qué hizo las cosas y pasa eso, si tu no entiendes te vas a quedar mirando la muerte como muerte y te vas a hacer daño, nada más que daño”.

La voz de Humberto vuelve a escucharse mientras su padre guarda silencio: Los pehuenche pedimos que se desarrolle la educación intercultural bilingüe, porque la educación chilena no tiene identidad. Nos preparan para ser gringos o chinos. La interculturalidad no la entienden. Piensan que es un conflicto, pero no lo es. Es una relación entre dos o más culturas. Nosotros

exigimos que nos respeten nuestro idioma, vestimenta y realidades culturales. El desarrollo de la educación de nuestro pueblo requiere reconocimiento de lo que somos. Por eso debemos exigir al gobierno un reconocimiento como pueblo, constitucionalmente, no como minoría étnica, sino como nacionalidad indígena”. La voz de Kurrüman suena a veces débil, otras pedagógicamente imperativa. Tiene 15 años y participa de un coloquio llamado Intercultural EpuRumeKimun-Trawun, en el Canelo de Nos, Santiago.

Un año después, Humberto se ahorcó usando una cuerda, lejos de su tierra.

¿chem kimuin kagnelumu?

¿Qué conocemos del otro?

Epílogo

Termina esta memoria con una sensación de un final inconcluso, de trabajo que solo comienza, de atardecer que es promesa de nuevos días.

Desde que la investigación comenzó en 2013, decenas de voces fueron registradas en nuestras grabadoras, cuando lo permitieron. Muchas otras quedaron en conversaciones de esquinas y pasillos verdes apoyados sobre hualles viejos. Cada una de estas interacciones alimentaron los cuentos de no ficción y crónicas aquí expuestas, y siguen nutriendo el espíritu, o el “azul interno”, como dice José María, de estos dos aspirantes a periodistas.

Hubo una voz que se mantuvo constante durante todo el tiempo. La naturaleza o *ñuquemapu*, fue el punto de unión de cada relato, aportando el contexto y el subtexto, lo literal y lo metafórico. Siendo motivo de comunión, de luchas y defensas, pero también de disputas, como queda expuesto en algunas narraciones.

Un ejemplo es cuando la *meika* tuvo que acudir a tribunales demandada por las jóvenes de su pueblo y esperar con sus piernas chuecas y su bastón de coligüe en un edificio gris del Gobierno. La naturaleza también fue animal

cruel cuando Manuel relata el desbarrancamiento que pudo costarle la vida a una pequeña, pero que gracias a la solidaridad e ingenio terminó como comenzó, con la marcha de unos niños por picachos andinos en busca del pan, una imagen hermosa y triste en partes iguales. Quizás el ejemplo más paradójico sea el del *lonko* Carmelo Levi y su defensa a ultranza de su gente y de su tierra, pero asumiendo una adaptación a los nuevos tiempos que dividió a la comunidad, discusión que él zanja con una frase terriblemente descriptiva: “Lo volvería a hacer, pero les cobraría más”.

El camino para construir esta memoria no fue fácil, literal y metafóricamente hablando. Encontrar las historias que queríamos contar fue rápido, estaban ahí, vivas y plenas, vibraban ante nuestros ojos, puesto que este territorio está lleno de vivencias que merecían ser parte del mosaico que queríamos construir.

Sin embargo, ir en busca de los hilos que conforman las madejas implicó recorrer distancias considerables por caminos de una belleza tosca y cruel, llenos de curvas que bordean el Bío Bío y el Queuco, serpientes de plata que fueron surcos conductores de los relatos y de las rutas.

Al momento de entrevistar a nuestras fuentes notamos las diferencias culturales como un recordatorio de que muchos mundos existen a la par.

El horario de trabajo de la *meika* no es de 9 a 5, sino que está al servicio de la gente, en especial los fines de semana. Escribir su historia significó varias idas frustradas y otras más de conversaciones pausadas y entretenidas. Las entrevistas nunca pudieron ser estructuradas, por más que preparábamos las preguntas con anterioridad, atentos a los detalles que se nos escapaban o a las contradicciones que creíamos encontrar.

El idioma, esa convención mayoritaria y arbitraria que en Chile es el español, acá es un favor que te hacen en deferencia a tu visita, es la segunda opción obligada, pero resistida por una conciencia verde y mineral que anida en los huesos de nuestros protagonistas. Algunos lo hablaban perfectamente, como la joven *Dungunleo*, pero a otros como el profesor Manuel, o el lonko Carmelo, se les enreda en la lengua, en los géneros y en los tiempos.

No es casualidad que Belén, *Dungunleo*, hable perfectamente el español y poco el chedungún. Ella es un exponente de los nuevos tiempos. Anda en skate, les gusta el hip hop y la música de moda que suena en Internet. Es

una activa usuaria de redes sociales y ama el teatro, pero completa su esencia en lo profundo de la cordillera, usando un delantal tradicional y compartiendo la comida en un *Nguillatún*.

Y es que en el Alto Bío se plantean nuevos escenarios de lucha. Ya no solo es por los recursos naturales, que continúa y se actualiza a cada instante, como queda de manifiesto en las quemas de camiones y materiales de construcción para futuros proyectos hidroeléctricos. Sino que también entre culturas y sus imaginarios, poderes que fluyen desde lo interno, lo local y simbólico en contra de lo externo, lo estatal que apoya y destruye, que ayuda y con ello cambia y amenaza, las lógicas de mercado y sus proyectos modernizadores.

En esta sopa se construye nuestra memoria, y como todo trabajo periodístico tiene un punto de vista, el nuestro es precisamente este, mostrar el enfrentamiento, la tesis, antítesis y síntesis, pero sin ánimo justiciero sino que reconociendo que en la diferencia se encuentran las fortalezas, que estas luchas deben darse para evitar la homologación, pero no quedarse en la ilusión de la cultura estática.

Sabemos que los procesos de hibridación no están exentos de traumas y desencajamientos, pero creemos que resultan en expresiones más sinceras de los sentimientos de los pueblos, aunque reconocemos que en el enfrentamiento entre lo local y lo foráneo, lo moderno y lo tradicional, lo simbólico y el mercado, la cantidad de la producción cultural y económica del Alto Bío Bío se enfrenta a un gigante abrumador, como lo es Chile y occidente y, en definitiva, el mundo, creemos que la cultura mapuche pehuenche del Alto Bío Bío seguirá existiendo, porque vivir implica resistir y que otros sepan y te reconozcan.

Esperamos que este libro ayude a responder la pregunta de Kurrumán, el niño que nos dejó una lección, esperamos que el lector sepa un poco más del otro.

Vaya este pequeño aporte a esta causa.

Glosario

A

Antú

Nombre del principal espíritu en la cultura mapuche que representa al sol8

B

butapeñi

Significa hermano mayor. Es además el nombre que le dan al puma40

C

Callaqui

Comunidad de Alto Bío Bío43, 50, 51, 56, 83, 88

Cauñiquí

Contracción de Cawello Ko cuya traducción literal es Agua del Caballo. Es comunidad pehuenche de la comuna de Alto Bío Bío.....8, 28, 35, 69

Ch

champurrias

Expresión popular de origen mapuche que connota la idea de mezcla, mixto, mezclado, heterogéne.....2, 58

chaví

chicha de piñón21

chedungún

Se traduce como idioma de la gente. Idioma de los mapuche14, 17, 21, 28, 38, 45, 66,

7

9

,

1

0

6

cheguy

nombre pehuenche entregado en el Lakutún	31
E	
<i>epew</i>	
Instancia ritual cotidiana en donde la gente cuenta sus vivencias y en especial sus sueños.....	14
Epu	
En mapudungún significa 2.....	95
K	
Kiñe	
En mapudungún significa 1 (el número)	91
Küla	
Significa 3.....	98
<i>kultrún</i>	
Tambor ceremonial. Instrumento musical de la cultura mapuche, utilizado por el/la machi para los rituales religiosos y culturales, así como durante el Ngillatun	37,39,94,98
L	
<i>lakutún</i>	
ceremonia donde se le elige el nombre a un miembro de la comunidad.	30
<i>lob</i>	<i>Véase lob mapu</i>
<i>lob mapu</i>	
Comunidad	8,43
<i>lonko</i>	
Jefe/líder de comunidad mapuche	36, 56, 58, 67, 68, 76, 77, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 93, 104, 106
<i>lonkos</i>	<i>Véase lonko</i>

M

machi

es la entidad religiosa, consejera y protectora del pueblo mapuche.....93

Malla Malla

Significa Pantano grande. La reiteración de una palabra en el chedungún es un recurso superlativo. Comunidad de Alto Bío Bío24

N

nguillatunes

Ceremonia sagrada del pueblo mapuche. Dura tres días y tres noches. Se celebra para pedir y agradecer a su dios y la naturaleza 18,30, 66

ngutram

Conversación que generalmente logra acuerdos25,99

Ñ

ñancanes

guardias del nguillatún.....36

ñañas

Se utiliza para referirse a las mujeres sabias de la comunidad.....76

ñgen

espíritu 19

P

pehuenche

Perteneiente al pueblo mapuche2, 3, 5, 6, 11, 14, 15, 22, 23, 27, 28, 30, 31, 32, 37, 40, 41, 43, 45, 49, 60, 64, 67, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 82, 89, 91, 92, 93, 98, 100, 101, 102, 107

pentucún

Ceremonia similar al nguillatún pero más corta. Puede invocarse cuando la comunidad lo necesite	25
<i>peñi</i>	
Significa hermano.....	71, 72, 100
<i>peuma</i>	
sueños.....	23
<i>pichi wentrii</i>	
Pequeño hombre. Expresión para referirse con cariño a los viejos chicos	15
<i>pichikeché</i>	
Pequeño niño.....	11
<i>pifilcas</i>	
Instrumento musical generalmente hecho de madera. Posee dos notas	15
Pitrii	
Comunidad de Alto Bío Bío	83
<i>puelmapu</i>	
Es la parte del Wallmapu o territorio mapuche que está al este de la cordillera de los Andes	91
Q	
Quepuca Ralko	
Comunidad de Alto Bío Bío	76, 77, 81, 82, 83, 86
<i>quimche</i>	
Sabios	96, 98

R

Rahueco

en chedungún significa lugar del agua.....28

Ralko Lepoy

Comunidad de Alto Bío Bío78, 79, 81, 83

rehue

altar32

rokín

Provisión para el viaje94

ruca cherruwe.

Ruca Cherruwe

Casa del espíritu del cerro Cherruwe19

ruka

Del mapudungun ruka, 'casa' es el nombre de la vivienda tradicional de los mapuche50, 89

T

taitarruco

Espíritu.....20

Trapa Trapa

Comunidad de Alto Bío Bío67

trapelacucha

Joya de plata usada por las mujeres mapuches. La placa superior muestra una pareja de aves, en donde se manifiesta la dualidad entre lo femenino y masculino, sus eslabones son la conexión entre el cielo y la tierra, y los discos pueden ser deidades infraterrenales, la familia o el espíritu de los antepasados.....31

trarilonko

Cintillo que representa el pensamiento y la conexión religioso-mágica entre el hombre y las divinidades celestiales, esta se lleva en la cabeza y es la más cercana comunicación con los antepasados y los espíritus32,101

W

Wallmapu

En mapudungún significa ‘territorio circundante. Es el nombre dado al territorio que los mapuches históricamente han habitado.....42, 69

wecufe

espíritu celoso que puede hacer daño si no se le trata con respeto 19

wenumapu

en la cosmología mapuche se designa un lugar sagrado. WenuMapu literalmente significa CieloTierra, pero se traduce como la tierra del cielo31

Wetripantu

celebración del año nuevo mapuche que se realiza en el solsticio de invierno austral 15

winka

Palabra derivada del vocablo inca para referirse a los invasores26,82